



Mercedes de Velilla

Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Mercedes de Velilla

Poesías

El Excelentísimo Ayuntamiento en sesión de 25 de Septiembre de 1918, acordó, a propuesta de la Comisión Municipal de Hacienda, confiar a los Capitulares señores Blasco Garzón y Montoto de Sedas, el trabajo de organizar y dirigir la edición de todas las poesías inéditas de Doña Mercedes de Velilla, y que el Cronista oficial de la ciudad redactara un prólogo para dicha edición.

Sevilla, 16 de Octubre de 1918.

El secretario,

Miguel Bravo Ferrer.

Prólogo

A las poesías de la señora Doña Mercedes de Velilla

Escrito en cumplimiento de acuerdo del

Excmo. Ayuntamiento de Sevilla

por el

Cronista Oficial

Mercedes de Velilla

La musa del dolor, huésped asiduo de su casa y de su vida, inspiró el mayor número de sus composiciones poéticas. Busquemos, por tanto, en sus versos los latidos de un corazón apenado, las ansias de un alma cautiva y las señales de muchas lágrimas.

El espectáculo, primero, de un hogar tan modesto como honrado, en el ambiente de áurea medianía que tolera un vivir ni envidiado ni envidioso; el amor de unos padres que tienen puestas en sus hijos todas sus complacencias; el cariño de un hermano, compañero y maestro; la íntima comunicación con la amiga entrañable, copartícipe de gustos y aficiones;

el trato de poetas y artistas, que acuden solícitos para escuchar rimas sonoras como láminas de plata; el aplauso público, que, cual airecillo sutil pasando por entre flores, refresca la frente encendida por la llama del pensamiento; el periódico que centuplica un nombre, y el libro que lo divulga... he ahí los primeros y mejores años de la vida de Mercedes de Velilla.

Era su casa, su casita de la calle de Manteros el punto de reunión de los jóvenes que amaban las letras y las cultivaban en Sevilla; todos los cuales rendían parias a la soberana inspiración del autor de *Witiza* y *La Luz del Rayo*. Acudíamos allí diariamente, Rafael Álvarez Sánchez-Surga, felicísimo traductor de los poetas alemanes, muerto cuando prometía muchos y sabrosos frutos, porque era de talento muy claro e infatigable en el estudio: Felipe Pérez y González, de sutil ingenio y abundante vena cómica, que andaba entonces a vueltas con la publicación de su *Libro Malo*, anuncio de otros que sazonarían la experiencia y el buen gusto: Cano y Cueto, el enamorado de la tradición y la leyenda; de portentosa facundia, autor de cuentos fantásticos en que se hallan como en germen las aptitudes que se desbordaron de las páginas de las *Leyendas y Tradiciones Sevillanas*: Mario Méndez, de palabra de oro, hondo pensar y sentir profundo: Carlos Peñaranda, el apasionado de Víctor Hugo, a quien dedicó la primera colección de sus poesías; mozo que comulgaba con la fe del neófito en los principios proclamados por la reciente revolución triunfante; deudo de los hermanos Escudero y Perosso, Luis y Francisco, éste, hombre de ciencia y eximio bibliófilo, culto e ingenioso escritor dramático, aquél; y, finalmente, ocupando el último lugar, quien traza estas líneas, el anciano, hoy, que logra el triste privilegio de sobrevivirles, y cuya humilde pluma aún no se ha consumido escribiendo, porque cree que no ha escrito todavía cuanto resulta en deberles por las cuentas de una amistad sincera.

Ibamos a aquella casa, a que llamábamos el Parnaso, para mantener encendido el fuego de los dioses. Leíamos las composiciones propias, y escuchábamos atentos la lectura de las ajenas. Nos comunicábamos en la intimidad de las aficiones comunes, en la expansión de la amistad que la generosa juventud desborda... No mucho después, otros jóvenes, Rodríguez Marín y Juan Antonio Cavestany, aumentaron, avalorándola, la hermandad literaria sevillana, no menos brillante en el último tercio del siglo decimonono, que aquella otra que comenzó a descollar en las postrimerías del decimooctavo y llegó a las cumbres, capitaneada por los Listas y los Reinosos. También nos llevaba a la casa de la calle de Manteros el deseo de conversar con la niña humilde y modesta, de cuyos labios escuchábamos con deleite la lectura de los versos que brotaban de su pluma, claros y limpios como las aguas de una fuente cristalina.

¿Qué mucho, que nos cautivase con lo exquisito de sus sentimientos, la sonoridad de sus rimas y su dicción castiza y sin afeites, siempre noble y levantada, nunca desmayada o baja, si el autor de *El Tanto por Ciento* la calificó de «prodigio», después de someterla al más rudo de los tormentos que imaginar pudiera el mismo Apolo?

Hallábase en Sevilla el gran poeta don Adelardo López de Ayala, empeñado, al parecer, en empresas literarias; conspirando, en puridad, al fin de sublevar en la bahía de Cádiz a la Marina española. Cercábalo por la noche, en torno de una de las mesas del café que hoy se denomina de Madrid, corte de literatos y artistas, entre ellos Velázquez y Sánchez, Jiménez Placer, Segovia, Cayetano de Ester y Escudero y Perosso, pendientes de una palabra grave,

sonora y majestuosa, que no era para olvidada, si tal vez fué oída. Hubo, no recuerdo cuál de los contertulios, de leer a Ayala diversas composiciones poéticas de Mercedes de Velilla; y fueron tan del agrado del autor de El Nuevo Don Juan, que expresó su vivísimo deseo de conocer a la autora, imaginándosela una dama cargada de años y de experiencia. ¿Cuál no sería su asombro al saber que la poetisa era una joven sin otros estudios que los que cursan en academias y colegios las niñas españolas? Surgió en su ánimo la misma sospecha que asaltó á muchos: ¿no sería el padre de los versos, que tan a mieles le supieron, el hermano de la autora supositicia; y, si no en todo, no andaría por ellos, en gran parte, una mano avezada a vencer las dificultades de la versificación? No era don Adelardo hombre que se paraba en barras; y lo ejecutó como lo pensó. Fue a la casa de la poetisa; le oyó recitar unas y leer otras de sus composiciones, y, por último, le dio tema para escribir un soneto en el término improrrogable de quince minutos. «Verdaderamente -exclamó Ayala-, esta niña es un prodigio».

¡Qué dulce placidez! ¡Qué paz del espíritu, tan soberana, fluye de sus primeros versos! ¡Cuánta humildad, cuánta modestia! ¿Qué importa que la cerque un coro de admiradores, y se vea aclamada en la escena al rendir con los poetas sevillanos un homenaje de admiración al Príncipe de los dramáticos españoles?... Allí, Fernández Espino, el docto catedrático; y Juan José Bueno, que al escribir cincelaba las palabras; y Velázquez y Sánchez, el Quevedo sevillano; y el caballeroso De Gabriel y Ruiz de Apodaca; y el entusiasta Lamarque de Novoa; y el sentido Jiménez-Placer; y el inspirado y valiente Narciso Campillo; y Antonia Díaz, prototipo de la dama española... El concurso aplaude a todos, porque todos caldean con sus versos la memoria de los héroes del teatro calderoniano: Segismundo, Pedro Crespo, Don Lope de Figueroa, El Caballero Español, La Danza Española, Don Toribio Cuadradillos, Clarín y Chispilla la Bolichera... Ella también, perla en el joyero de la poesía sevillana, es aclamada por los espectadores.

Su nombre vuela a par de los que consagró la fama. Sus versos, divulgados por los periódicos y las revistas literarias, se leen y se citan con encomio. En ella prosigue la tradición que comienza en doña Feliciano Enríquez de Guzmán, sigue en Sor Gregoria de Santa Teresa, y esplende en Antonia Díaz, Isabel Cheix, Blanca de los Ríos y María Tixe: almas privilegiadas que afirman la igualdad del hombre y la mujer en los cielos infinitos del arte, como la proclamaron Teresa de Jesús, Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cecilia Böhl de Fáber, Concepción Arenal y Rosalía de Castro.

¿No es de extrañar que el orgullo no entre en el corazón de la niña, y no la ciegue y enloquezca?

Grande amistad unía a la familia de Mercedes con el enérgico intérprete de El Cid, Pedro I de Castilla y Don Juan Tenorio. Ya por el año de 1865, don Pedro Delgado cultivaba el trato de José de Velilla, a la sazón un niño, y representaba la primera obra dramática del estudiante para quien amigos y maestros columbraban en lo por venir un nombre glorioso. Delgado y Velilla sentían a compás el arte de la escena. Apasionados de la tradición clásica, sin desdeñar la influencia del espíritu moderno, consideraban el verso como consubstancial con el pensamiento dramático, y dentro siempre de las lindes españolas, no osaron nunca salvarlas para pisar tierras extranjeras. Velilla escribía dramas para don Pedro Delgado -Witiza, La Luz del Rayo, La Expulsión de los Moriscos, amén de

otros-, y el actor los representaba con tanto cariño, que no parecía sino que era su propio autor. Intima fue su amistad, y mediaron pocos meses entre la muerte de uno y otro. Sus cenizas yacen bajo la misma tierra bendita.

Delgado, que a sus singulares aptitudes para la Escena, en la cual fue el ídolo de las muchedumbres, unía un exquisito gusto librario, y leía y declamaba los versos como nos imaginamos que los recitaran los intérpretes de Sófocles y Esquilo, leyó los dulcísimos de Mercedes, y los recitaba con el mismo calor con que cantaba los de Zorrilla, en Traidor, Inconfeso y Mártir, o los de García Gutiérrez, en Venganza Catalana.

¿Por qué no había la niña de seguir las huellas de su hermano? No hay aplauso que halague tanto a quien se rinde, como el que se cosecha en el proscenio. El buen libro lleva al autor, poco a poco, el pláceme de los lectores, la aprobación que nació silenciosa, concedida después de meditación serena. Los aplausos del público congregado en un recinto, pensando con una sola inteligencia y sintiendo con un solo corazón; la aclamación fervorosa, que llega toda entera y de una vez al autor del drama, es algo así como la chispa de la electricidad acumulada; mucho más, como la visión de la gloria. Delgado decide a Mercedes a escribir para el teatro, y la representación de El Vencedor de sí mismo da los honores del triunfo a la autora. Tampoco la desvanecieron los laureles escénicos. ¡Siempre humilde! ¡Modesta siempre!

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras celebraba anualmente, el día 23 de abril, solemne fiesta en honor del Príncipe de los ingenios españoles, adjudicando en aquel acto los premios ofrecidos en público certamen. Útiles eran tales torneos de la inteligencia, no sólo porque estimulaban a la juventud, que ha menester que se la aliente, sino también porque fomentaban la lectura y el estudio de las obras de Cervantes. La Academia se anticipó en casi medio siglo a la obra de reparación y sano patriotismo que entraña el culto a la memoria del autor del Quijote. Porque, a decir verdad, íbamos los españoles quedándonos a la zaga de las naciones extranjeras en esto de celebrar lo bueno que tenemos en casa, y, pese a algún espíritu inquieto, demoledor de todo lo pasado -¡como si en la solidaridad de lo pasado con lo presente pudiera haber separación de partes!-, el ingenio alcalaíno es de lo mejor que nos ha quedado. A aquellos certámenes concurrió Mercedes de Velilla, y logró los laureles de la victoria, compartiéndolos con Antonia Díaz, Isabel Cheix, Cano y Cueto, Cavestany, Velarde y otros muchos.

Corrían por sus versos unas ráfagas de profunda melancolía, a las veces, a las veces como brisas otoñales, mensajeras de tristezas; y los caldeaba un anhelo vivísimo por algo sobre natural, extraterreno. Vislumbraba los reflejos del sol; pero ¡ay! los albores no le anunciaban alegres el nuevo día: eran el adiós último de un astro que iba a apagarse entre las sombras.

Ni se crea que sólo cantó las dulzuras del hogar, el amor a la familia, la fe religiosa, tímidos anhelos de renombre, melancolías y tristezas. Cantó también a la Libertad, al Arte y a los Príncipes de la Poesía, y tuvo acentos para condenar las injusticias del mundo. Sin embargo, no hay que contar los quilates del oro del corazón de la poetisa por estas composiciones, sino por aquéllas, que muestran mejor la calidad del metal. De los cantos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, dijo Don Juan Nicasio Gallegos que en ellos todo era

nervioso y varonil. «No brillan tanto -añadió- los movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias de un pecho femenino y de la dulce languidez que infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos, que alumbró su cuna.» Los versos de Mercedes de Velilla son linfas de ternura; aguas limpias y transparentes que dan la sensación de las exquisiteces del alma de la mujer.

¿Presentía, con la intuición de las almas grandes, que, al correr del tiempo, todo habría de consumirse en la hoguera del dolor? La exaltación de su espíritu era el misticismo que la despegaba de la tierra. Leed estos versos, últimos de su libro *Ráfagas*:

¿Adonde voy? No sé... sólo me resta,
hendiendo espacios, para mí sombríos,
cual solitaria ráfaga perdida,
cruzar la tierra en invisible giro.

¡Y emprendo ya mi senda de amargura,
y el dolor, siempre fiel, está conmigo;
que del dolor los vientos me arrebatan
y está el dolor donde mi planta fijo!

Un día, su compañera inseparable, la ardiente poetisa Concepción de Estevarena, desamparada, por brutal despojo de la muerte, partió a tierras remotos en busca del techo hospitalario y del pan que le ofrecían unos parientes lejanos. Algo del corazón de Mercedes partió también con la gentil cantora. La despedida fue eterna. Concepción de Estavarena, todo calor, todo entusiasmo, murió luego, privada de la visión del cielo de Sevilla, herida por los fríos del Norte, consumida entre las nieves perpetuas. Entonces escribió Mercedes estos versos, que recordaban la comunión de sus corazones:

Inmenso afán tu corazón sentía
y el mismo afán mi pecho alimentaba;
la misma juventud nos sonreía
y un sentimiento igual nos acercaba.

Me mirabas no más, y eran tus ojos
abierto libro, donde yo leía
tus luchas, tus enojos;
y tú, a través de mi aparente calma,
descifrabas también, con noble intento,
los eternos combates de mi alma,
las dudas de un rebelde pensamiento.

En el regazo de su madre, entre los brazos del autor de sus días y en el cariño de sus hermanos, buscó, sin lograrlo, un lenitivo para sus tristezas. La amistad, peregrina en el mundo, pasa por muchos corazones, pero se detiene en muy pocos: en el de la poetisa halló su asiento.

Dios la reservaba para mayores pruebas. Al declinar de una tarde del mes de Junio -una de esas tardes en que Sevilla es fuego en el cielo, aroma en el ambiente y en la tierra flores-, salió de su casa de la calle de Manteros, acompañada de su padre, con el intento de recrear y esparcir su ánimo por los alegres jardines de la Puerta de Jerez. Apoyada en el brazo del anciano, o más bien, apoyado éste en el de su hija, Mercedes sintió como un estremecimiento, algo que fuertemente tiraba de ella, y vio con espanto caer sobre el pavimento duro el cuerpo de su padre, atacado de súbita y mortal dolencia. «Yo también - escribía José de Velilla- me he arrodillado ante el cadáver del que me diera el ser, que expiró súbitamente como herido del rayo, fuera de su hogar, amparado en hospitalaria morada, en los brazos de mi buena hermana Mercedes. ¡Pobre niña que se vio sola con su padre muerto!»

Los muros de la casa oscilaban... El hogar se hundía. De entonces la niña fue mujer.

...que del dolor los vientos me arrebatan,
¡y está el dolor donde mi planta fijo!

La Providencia le deparaba una tarea hermosa: cuidar de su madre y de sus hermanos, y detener la caída de aquellos muros, testigos de la honradez más acendrada.

La ley providencial de la vida le privó luego de los besos y de la presencia terrenal de su madre. Para las almas grandes se hicieron los grandes dolores. Y los sufrió con resignación cristiana.

Aún le quedaba en el mundo un sostén; aún podía recorrer la vía dolorosa, apoyada en un brazo compasivo. Su hermano no la abandonó. La fraternidad no es una palabra vana. La compenetración de las almas no es un mito.

Después de Dios y de sus padres, su hermano queridísimo. Fue su maestro y su compañero. Háblele enseñado a deletrear y leer, no en la antiestética cartilla ni en el frío silabario, sino en el Romancero Español y en las obras dramáticas de los clásicos. Por él fueron sus amigos Lope, Calderón y Tirso, Zorrilla, Arolas y Espronceda. Con él tuvo su primera confesión poética, comunicándole los versos que, a escondidas borrajó su pluma. Escribía en su mismo bufete; entre montones de pleitos, resmas de un papel duro como el hielo, arrugado como cosa tocada de la vejez, deslucido por las huellas de muchas manos y los borrones de muchas tintas, sobre el cual, como en pavés, se levantaban la codicia, la usura, la mala fe, la sin razón, pocas veces la honra y la justicia que demandan su derecho... ¡Singular contraste! ¡La prosa de la vida, que nos sujeta a la realidad impura, junto a la exultación del espíritu por la visión de lo absoluto y lo eterno, que nos eleva hasta el mismo Dios!... ¡Qué sabía ella de las miserias humanas! Escribía... escribía en aquella salita atiborrada de legajos e infolios; en el silencio de la noche, perturbado por el ruido del agua que saltaba en la fontecilla del patio... Escribía hasta que sus ojos se cerraban, vencidos del sueño, y de la mano se le caía la pluma. Obrera infatigable del espíritu, cavaba en las tierras sin términos de lo ideal.

Lo amaba y lo respetaba. Lo amaba por bueno y cariñoso. Lo respetaba como al poeta sevillano, lírico de altos vuelos y dramático de generosas audacias. En la ausencia, le escribía estas dulces estrofas:

Oigo el arrullo, cuando el alba asoma,
de la inocente y cándida paloma
que habita en nuestro hogar
y que al huir el sol espera en vano
que luego vayas tú, sobre tu mano
su cuello acariciar.

Ella no sabe que a lejano suelo
te llevó de la gloria el noble anhelo,
de alto renombre en pos:
su blanca pluma suspirando miro,
y el viento que recoge mi suspiro
me repite un adiós.

¿Versos?... ¿Libros?... ¿Sueños?... A cuidar de la hermana enferma, y a alegrar, infundiéndole esperanzas, al hermano, enfermo también, y ¡enfermó del corazón!

«Sufrido, resignado, sin flaquezas ni temores, José de Velilla esperaba en brazos de su amante esposa el instante supremo en que su espíritu, rota la humana clausura, volaría a las regiones de la verdad eterna. Como el gran poeta alemán, Goethe, «¡luz, luz!», clamaba frecuentemente. Casi exámine, hacíase conducir, al caer de la tarde, a las orillas de nuestro hermoso río, a los extensos campos de Tablada, a los pasajes donde Sevilla muestra el tesoro, de sus gracias, su luz vivísima, su cielo puro, sus fértiles campos y sus risueñas lontananzas. ¡Era que daba su adiós postrero a esta tierra, para él doblemente sagrada: sagrada por ser cuna de santos, mártires y guerreros, sabios y artistas, a quienes cantó en inspiradas estrofas; sagrada, porque en ella, como en relicario precioso, yacen las venerandas cenizas de sus padres!»

Y se hundió el hogar con horroroso estrépito. El poeta sevillano José de Velilla murió el día 24 de agosto de 1904.

¡Está el dolor donde mi planta fijo!

¿La vida de Mercedes a contar de aquella fecha?.. Nuestro gran Bécquer la narraría, como narró la suya, en estas o parecidas palabras: «¿Quieres conocer el camino que recorrí? Mira sobre los abrojos las ensangrentadas huellas de mis plantas...»

Se hundió la casa, y sobre sus ruinas se alzó la pobreza con su lúgubre cortejo de apremios, esquiveces e ingratitudes.

Allá vivía, en Camas, un pueblecito que contempla embelesado la pompa y la gallardía de la soberbia metrópoli; desde donde se oye el regocijado estruendo de las alegres campanas de la Giralda. ¡Quién sabe si a la puesta del sol, fijos los ojos en el horizonte

quebrado por las cien torres y cúpulas de la ciudad opulenta, viéndose pobre y sola; quién sabe si recitaría estos versos, escritos en horas de letal desmayo!

Lira infeliz en que en pasados tiempos
mi esperanza y mi afán canté dichosa,
y halagüeña a mis sienes ofreciste
tal vez del genio la inmortal corona,
adiós, adiós; a mi existencia unida,
sufre también la suerte que me toca.
Adiós por siempre, juventud que huyes,
noble ambición, imágenes hermosas,
que acaso vi, mi frente coronando
con un laurel de inmarcesibles hojas;
esperanzas de un bien, dichas inmensas,
¡ay! tan inmensas como fuisteis cortas,
quedad todas adiós... ¿Y habéis podido,
sin que muriera yo, morir vosotras?

¡Quién sabe si surgiría en su memoria la casita humilde de la calle de Manteros, caldeada por el sol de los alegres días de su infancia! ¡Quién sabe si recordaría cuando con sus dedos infantiles alisaba los hilos de plata que coronaban la cabeza de su madre; y cuando besaba la frente del hombre caballeroso a quien debió la vida; y cuando su compañero desde la cuna, su poeta favorito, le guiaba la mano con que señaló los primeros trazos de las letras; y a la amiga del corazón, rosa espléndida en los jardines de Sevilla, flor de nieve entre los hielos del Norte; y la juventud alegre y soñadora que la cortejaba, ¡da también como espuma el viento; y el libro, y el teatro, y los laureles que se trocaron en espinas!...

Los años y las amarguras la consumieron a marchas aceleradas. Su cuerpo enjuto, achicado, esquelético, más que la visión de un ser material, daba la sensación de un espíritu el través de las reliquias de las cosas que fueron. No obstante, y no para dar testimonio de su vida presente, que se le iba por momentos, sino para revivir en los días pasados, Mercedes volvió a pulsar la lira abandonada y cubierta de fúnebres crespones. De sus labios, que la anemia secó, oímos sus últimos versos tan limpios, tan hermosos como los de su juventud. Del naufragio en que tantas cosas perecieron, una sola se había salvado: su inspiración, su alma nobilísima. Entonces acudieron a nuestra memoria estos versos, que dedicó a la Virgen María, en el Misterio de sus Dolores:

Da fin a tu querella,
no llores más, Señora;
¡que no es digna la tierra pecadora
de que caigan tus lágrimas en ella!

Bajaba a Sevilla, de cuando en cuando, para pasear sus pesares, demandar un favor, estrechar una mano amiga, como la que estas letras escribe, y pedir un pedazo de pan, que ganaría honradamente con su trabajo.

El caso es sabido. Poetas, escritores y políticos; acudieron a la Ciudad, y ésta, siempre generosa, la amparó, encomendándole el estudio de las obras literarias de las escritoras sevillanas. Su corazón se desbordó de gratitud; y con mano trémula escribió una da, sus más sentidas poesías, con que cerró el libro de su existencia. Escuchémosla de rodillas, como quien oye una voz de ultratumba:

Si al pesar mi último día
durmiese mi polvo humano
en la tierra extraña y fría
del cementerio aldeano,
lejos de la tierra mía,

hermanos, ved lo que os pido:
no me dejéis siempre sola
en mi sepulcro escondido,
porque me espanta la ola
quieta y mansa del olvido.

Me espanta que a mi alrededor,
entre sepulturas huecas,
brame el viento mugidor,
y cubran las hojas secas
mi tumba sin una flor.

Murió como vivió. ¡Siempre humilde! ¡Siempre modesta! ¡Siempre dolorosa! Pero no le faltó en sus últimos momentos un rescoldo de las brasas de su hogar: el cariño de la hermana que le cerró los ojos, y el afecto de los amigos que la acompañaron hasta su última morada.

Sevilla, que no la abandonó, recoge el pie de su tumba sus últimas flores -¡flores del corazón y del pensamiento!- y las exhibe en este libro, como en búcaro gentil, para deleite de las almas privilegiadas.

Luis Montoto.

Poesías

Pensamiento

Como labra el artista inteligente,
del tosco barro, caprichosas flores,
ánfora o busto, que el salón luciente
adornarán después con sus primores;

Así labra también la inteligencia

la ilustración, cuando su luz reparte,
y forma al sabio para honrar la Ciencia,
y forma al genio para honrar al Arte.

«Si buscáis de mi mente las creaciones...»

Si buscáis de mi mente las creaciones
ya no hallaréis sus rimas ni sus galas;
¡ya duermen en el arpa mis canciones,
del genio del dolor bajo las alas!

Más si buscáis un alma dolorida
que, amiga de los tristes, generosa,
pueda ofrecer su lágrima piadosa
a la pena que enluta vuestra vida,

Venid; que si mis cantos se extinguieron
del arpa muda entre las cuerdas rotas,
en lágrimas después se convirtieron:
lágrimas os daré... con esas notas
siempre las almas tristes se entendieron.

«¿No lo sabéis quizás? Yo sé la historia...»

¿No lo sabéis quizás? Yo sé la historia.
El ángel, que velaba
Sus purísimos sueños, no ignoraba
que la niña soñaba con la gloria.

Y él, que amaba sus gracias virginales,
pidió al Señor la cándida criatura;
y le dijo el Señor: aquí en la altura
celebrad vuestras bodas celestiales.

Cumplió el ángel su anhelo;
desató el lazo de la humana vida,
y llevando a su dulce prometida
en sus brazos, dormida,
como lleva una madre al pequeñuelo,
al celestial edén tendió su vuelo.

«Nació una flor al pie de unas ruinas...»

Nació una flor al pie de unas ruinas

donde no la vio nadie:
el sol no más, desde su eterna altura,
supo que aquella flor vivió una tarde.

Así fue mi destino; vegetando
en la aridez de amargas soledades,
oculta en su dolor, vive mi alma.
¡Dios sólo de ella sabe!

¡Quién sabe!

Siempre escuché, con anhelo,
y yo siempre lo creí,
que los que se aman aquí
se aman también en el cielo.

Más yo, que perdí mi fe
luchando con lo inconstante,
al ver una estrella errante
de extraño modo pensé.

Quizás, en el cielo mismo,
la inconstancia no se borre,
y es cada estrella que corre
un amor que va al abismo.

La vida

Primero la niñez dulce y serena,
sin inquietud ni pena,
resbalando entre juegos y sonrisas:
¡puro y naciente albor, fresco capullo,
indescifrable arrullo
de hojas y ramas, pájaros y brisas!

*

Feliz después, la juventud despierta,
como la flor abierta,
y perfuma el amor los corazones:
¡ardiente claridad, fijo deseo;
misterioso aleteo
de sueños, de esperanzas, de ilusiones!

*

Luego, la ancianidad, triste y sombría,
como nublado día,
entre recuerdos al sepulcro marcha;

¡sombra crepuscular, seco ramaje,
tristísimo paraje
de olvido y muerte, lobreguez y escarcha!

La vuelta al cielo

Contemplando a las niñas en la cuna
el ángel de la guarda así decía:
«¡Cuán bellas son! su mísera fortuna
a la región del llanto las envía!»

Unidas duermen, cándidos jazmines,
tiernos pichones, en el blando nido;
hermosos querubines
sonando con la gloria que han perdido.

La maldad, las pasiones, los placeres
del mundo mentiroso,
¿qué no harán contra débiles mujeres
para turbar su dicha y su reposo?

Acaso la miseria las azote
al borde de espantoso precipicio
acaso saquen la virtud a flote,
rindiendo el corazón al sacrificio.

¡Ah! ¿qué nube pasó por vuestro lado
y os arrojó a este suelo,
y en impura materia ha transformado
lo que era luz y espíritu en el cielo?,

Despertando al rumor de estas querellas,
las niñas sonreían
viendo al divino guarda junto a ellas,
y sus brazos de rosa le tendían.

Las besa el ángel en amor deshecho,
las envuelve en su blanca vestidura,
y, llevando a las dos contra su pecho,
torna gozoso a la celeste altura.

¡Padres, calmad vuestro dolor profundo!
¡Dichosa la inocencia
que sin saber que pasa por el mundo
vuelve a gozar del ángel la existencia!

Puesta de sol

Brillante sol que hacia el Ocaso ruedas,
¡ay! no te mire aparecer mañana,
si no ha de ver aparecer contigo
mi pobre corazón una esperanza.

Cubren tu frente en púrpura teñidas
las nubes a tu rayo sonrosadas,
en ese cielo azul, como los ojos
que con sus rayos al mirar me matan.

Guarda ya de tu lumbre los fulgores;
que está para tu luz ciega mi alma,
porque el radiante sol que a mí me alumbra
es la radiante luz de una mirada.

Y sí apareces tú dando amoroso
a los seres calor, vida a las plantas,
vida, calor, consuelo y alegría,
si aparece mi sol, en mí derrama.

Mas así como tú dejas al irte
los seres sin calor, las flores lacias,
así también mi sol, cuando se aleja,
¡ay! me deja sin vida y desolada.

(Sonetos íntimos)

Ante unas cartas

No ajadas por el tiempo, como el día
en que amor o doblez os escribieron,
os mostráis a mis ojos, que tuvieron
en vosotras su luz y su alegría.

Olvido injusto y esquivez impía
mi pobre corazón rasgar pudieron;
pero yo no os rasgué, que os defendieron
mi fiel cariño y la constancia mía.

Aún guardáis, como restos de ventura,
¡hojas en que mi amor logró su palma!
promesas y palabras de dulzura.

Y diréis siempre a mi dolor sin calma
que en un frágil papel subsiste y dura
lo que tan pronto se borró de un alma.

«Sueño: ¿por qué si ahuyentas mis dolores...»

Sueño: ¿por qué si ahuyentas mis dolores
hora no acudes al acento mío?
Ven, que tú calmas mi dolor impío;
ven, no te muestres sordo a mis clamores.

Ven, que escucho fatídicos rumores
entre el silencio aterrador, sombrío;
ven, que en tus brazos contemplar ansío
al ángel celestial de mis amores.

¡Cuánto le adora el alma dolorida!
Más su fiero desdén me da la muerte;
que yo no quiero sin su amor la vida.

¡Ay! si consigo la dichosa suerte
de contemplarlo, cuando esté dormida,
¡déjame, sueño, que jamás despierte!

«Ni en la alta cumbre por el sol luciente...»

Ni en la alta cumbre por el sol luciente,
ni en el valle de flores matizado,
ni en el pico de nieves coronado,
ni sobre el cráter del volcán ardiente,

Ni en la ciudad de bulliciosa gente,
ni en el desierto estéril y abrasado,
ni en el mar anchuroso que he cruzado,
ni en el templo en que Dios está presente;

En parte alguna donde el ansia loca
me lleva de olvidarte, lo consigo,
y de Dante el poema mi alma evoca;

pues como aquellos que en atroz

castigo marchan cargados con la enorme roca,
yo tu recuerdo llevaré conmigo.

«Es mi afán tan inmenso por mirarte...»

Es mi afán tan inmenso por mirarte,
que el alma entera por mirarte diera;
más si doy por mirarte el alma entera,
me quedaré sin alma para amarte.

Quisiera aborrecerte y olvidarte;
no conocerte, por mi bien quisiera;
Pues he perdido mi ilusión primera,
y de dolor mi corazón se parte.

Era tu amor el sol que me alumbraba,
y ese sol ocultó nube sombría
que horrorosa tormenta presagiaba.

Por ti no encuentro calma ni alegría,
por ti suspiro si la noche acaba,
y por ti lloro si se aleja el día.

«No puedo más: mi corazón se parte...»

No puedo más: mi corazón se parte
de sus dolores al impulso fiero;
que llegue un día en que te olvide espero,
y no tengo valor para olvidarte.

Que fue en la tierra mi destino amarte
con fiel cariño, con amor sincero,
y siempre te amaré, que en vano quiero
¡ay! ni pensar en ti, ni recordarte.

Calma el dolor de un alma que te adora,
que no vio en su camino más que abrojos
y en un mar de pesares vive ahora.

Y no tienen consuelo mis enojos;
sed de tu amor mi corazón devora,
y sólo bebe el llanto de mis ojos.

«Una flor de azahar me diste un día...»

Una flor de azahar me diste un día,
que ya perdió su aroma y su hermosura:
para siempre murió cual mi ventura;
marchita está cual la esperanza mía.

Sobre su cáliz lágrimas vertía,
lágrimas de dolor y de amargura:
vertí llanto de fuego en mi locura,
y mi llanto tal vez la abrasaría.

Y al recordar que un tiempo ya perdido
bella y lozana embalsamó el ambiente,
mi pobre corazón lanza un gemido.

¡Ay! lo recuerda con pesar mi mente:
también un tiempo venturosa he sido,
y el desengaño marchitó mi frente.

«Tú eres altar de mi cariño santo...»

Tú eres altar de mi cariño santo;
tú el solo bien de la existencia mía;
tú eres el astro que su luz me envía;
tu quien inspira mi amoroso canto.

Tú eres del alma misterioso encanto;
tú eres del corazón dulce alegría;
tú eres la estrella que mis pasos guía;
tú eres consuelo de mi atroz quebranto.

Tú eres la gloria donde nunca llego;
tú eres el mar do naufragó mi calma;
tú eres el rayo que encendió mi fuego,

Tú quien me diste del sufrir la palma;
tú a quien adoro, y si el amor es ciego,
tú eres la sola luz que ve mi alma.

«Abrí mi corazón, de amar ansiosa...»

Abrí mi corazón, de amar ansiosa,
a una ilusión, como al nacer el día,
recogiendo las perlas que le envía,
abre su cáliz la purpúrea rosa.

Sobre mi corazón vertió amorosa
mi mágica ilusión luz y alegría,
y de esa luz al resplandor veía
resbalar mi existencia venturosa.

Más la rosa que al alba sonriente
abre su cáliz de frescura lleno,
del sol la abrasa luego el rayo ardiente.

Mi corazón, que de temor ajeno
a una ilusión abrí, luego inclemente
del desengaño lo abrasó el veneno.

«Cuando el ángel sombrío de la muerte...»

Cuando el ángel sombrío de la muerte
toque mi corazón con mano helada,
el dulce resplandor de tu mirada,
vertiendo sobre mi, quisiera verte.

Quien sólo supo, por su mal, quererte,
no en su pecho tu imagen adorada,
ni en su memoria tu memoria amada,
podrá tener cuando repose inerte.

Que libre entonces de su cárcel dura,
tal vez, tal vez el alma volaría
a un ignorado cielo de ventura.

Y abandonara el cielo el alma mía;
que por vivir mirando tu hermosura,
otra vez a la tierra volvería.

«Mírame tú; que si dolor impío...»

Mírame tú; que si dolor impío
rasga mi corazón con mano dura,
como el rayo de sol la niebla oscura,
disipa tu mirada el dolor mío.

Mírame tú, porque la muerte ansío
cuando alcanzar no puedo esa ventura:
si no me alumbra el sol de tu hermosura,
mi vida es un desierto muy sombrío.

Mírame tú; que son de mis enojos
tus miradas dulcísimos consuelo,
flores que nacen donde miro abrojos.

Mírame tú; que en mi amoroso anhelo,
viendo la luz de tus azules ojos,
pienso mirar el resplandor del cielo.

Los Reyes Magos

Llegad, Reyes del Oriente;
la estrella que os va guiando
ya de Belén en la gruta
fija sus destellos claros;
y cuando llenos de gozo
adoréis al niño santo,
seguid por nuevos caminos,
cruzaed ligeros los campos,
y atravesad las ciudades
donde os están esperando
los pequeñuelos: dormidos,
con la sonrisa en los labios,
parece que están diciendo:
¿qué traerán los Reyes Magos?

Los adurmió la esperanza,
y en el sueño, dulce y grato,
ven agrandarse, agrandarse,
las figurillas de barro
que estaban quietas y fijas
del Nacimiento en lo alto;
y por las calles oscuras
pasáis en bullicio extraño,
en ricos mantos envueltos,
sobre los caballos blancos
y en los cestos primorosos,
que en las ventanas colgaron,
dejáis los lindos juguetes
y confites delicados,
y al toque de las trompetas,
y al trote de los caballos,
cual fantasmas de la noche
vais pasando, vais pasando.

.....
Ya pasasteis, ya pasasteis;

¡también los tiempos pasaron!
En las sendas de la vida
atrás os fuimos dejando,
y a otros reyes ofrecimos
el corazón por esclavo:
al oro, que es rey del mundo;
al amor, que es rey tirano;
al éxito, que envanece
con su pasajero aplauso;
y cuando en alas del tiempo
también se van alejando
y en el borde del camino
tristes y solos quedamos,
¡ah! cómo entonces volvemos
los ojos a lo pasado,
buscando vuestros contornos
en el imborrable cuadro
de aquella edad venturosa
que os esperaba soñando.

Porque fuisteis la inocencia
de nuestros primeros años;
porque fuisteis la caricia
de aquella bendita man
que os colocó, cuidadosa,
del Nacimiento en lo alto,
y en el cestillo de mimbres
colocó vuestro agasajo.
¡Ah! si venís todavía
como en los tiempos lejanos,
para ser de los pequeños
el regocijo y encanto,
dejad también a los grandes
de vuestros presentes algo;
dejad también a los tristes,
para el corazón, un bálsamo,
algún consuelo en el alma
y una oración en los labios;
y al dormiros, dulces sueños
de la infancia recordando,
tal vez una blanca sombra
nos tienda amorosos brazos,
diciéndonos, como entonces:
¡ya vienen los Reyes Magos!

En la altura

Logré al fin con esfuerzo sobrehumano
a la cumbre subir de esta montaña:
muestranse abajo, en pequeñez extraña,
el bosque espeso, la colina, el llano.

Con cendales de púrpura engalano
mi frente altiva que en la luz se baña;
la estrella de la tarde me acompaña,
y el sol declina cerca de mi mano.

Y por subir aún más lucho y porfío:
que es la más alta luminosa cumbre
la que en mis sueños escalar ansío:

En donde el sol del genio me deslumbre,
y de él recoja el pensamiento mío
siquiera, un rayo que al morir me alumbre.

Náufrago...

Así van esperanzas e ilusiones
de nuestra breve vida
en el inquieto mar de las pasiones,
cual nave de agua y cielo combatida.

Náufrago... ¿Adonde iré? No hay alta roca,
ni a lo lejos la playa amarillea;
la angustia me sofoca,
el rayo, entre las nubes, serpentea,
el viento brama y crece la marea.

Cuanto quise y amé, cuanto he creído,
despojos son, cuyo recuerdo abrumba,
que arrastra y rompe la revuelta espuma
de mares de dolor y no de olvido.
¡Ay! ¡qué lejano el puerto,
qué ruda la borrasca, el fin qué cierto!

A la poesía

Augusta musa, divinal poesía;
si te ensalzaron liras inmortales
y tú mereces cantos celestiales,
¿cómo mi humilde voz te cantaríá?

Yo adoro tu dulzura y tu armonía,
la luz de tus divinos ideales,
y amo el fuego que guardan tus vestales,
llama del genio que a la gloria guía.

Mas si piadosa tú, cuanto eres bella,
también aceptas los humildes dones,
yo seguiré tu luminosa huella.

Toma mi lira de apagados sonos,
y a un beso tuyo brotarán en ella
inspiradas, dulcísimas canciones.

Madre y fiera

I

A su ley te rindió Naturaleza,
de la pasión irresistible al grito,
y huyes del mundo, juez de tu delito,
a ocultar tu desdicha y tu flaqueza.

Un inocente que a vivir empieza,
sin nombre, sin hogar, quizás maldito,
yerto y temblando, cual jazmín marchito,
sobre tu pecho inclina su cabeza.

Reanímale al calor de tus abrazos;
que si es acusador de tu caída,
tu alma sujeta con amantes lazos;
y en tu misión augusta, ennoblecida,
sufriendo por su amor, desde sus brazos
puedes volver al mundo redimida.

II

De la Virtud y del deber el ruego
halló tu corazón débil y frío;
más de liviano amor el desvarío
le encontró, por tu mal, esclavo ciego.

Y recibes con ira y con despego
al débil ser que acusa tu extravío,
y lo desprendes de tu pecho impío,
y al ignorado azar lo arrojas luego.

Para olvidar cuanto el honor merece
invocaste ese amor, y hoy no te grita
que es vida de tu vida el que perece.

La clemencia de Dios, aunque infinita,

ante culpa tan vil desaparece:
para ti no hay perdón, estás maldita.

Un libro

Tejieron en tu honor, hermano mío,
consagrados afectos bienhechores,
esta corona de admirables flores,
para librarlas de abandono impío.

Les dio tu numen mágico atavío;
tu sentimiento, aromas y colores;
el hondo manantial de mis dolores
les dará de mis lágrimas recio.

Esta ofrenda el cariño te destina:
el libro en que tu espíritu se siente
que tu genio altísimo ilumina.

Si, en larga noche, mi pensar doliente
sobre sus hojas mi cabeza inclina,
tu alma querida besaré mi frente.

Safo

Una mujer, como visión o hada,
en la roca de Léucades se agita;
retrátase en su faz pena infinita,
la desesperación en su mirada.

Es Safo, la poetisa enamorada
que el arpa hierde con doliente cuita,
y en su última canción llora y palpita
la pasión infeliz y desdeñada.

Tú fuiste, oh mar, de su dolor testigo,
y en tu seno aquel cuerpo recibiste,
que al sacro numen y al amor dio abrigo.

Así, en tu inmensidad tumba le diste;
en tus amargas olas, llanto amigo,
y en tu eterno rumor, funeral triste.

«Ofrenda de infortunios y dolores...»

Ofrenda de infortunios y dolores
el destino dejó sobre mi cuna:
no me brindó sus dones la fortuna,
y el amor me dio espinas, nunca flores.

Me hirió la ingratitud de los traidores,
a los que el alma abrí, sin sombra alguna;
vi prendas adoradas, una a una,
sucumbir de la muerte a los fulgores.

Ya nada a mi alrededor en pie subsiste,
y vivo como el árbol sin ramaje
que carcomido y solitario existe.

Y al fin, cayendo en lúgubre paraje,
mis pobres restos, en olvido triste,
descansarán de su fatal viaje.

Primavera

Huye el invierno: a tu sonrisa pura
nacen las mariposas y las flores;
los pájaros, tus dulces trovadores,
celebran en la fronda tu hermosura.

Los campos con su verde vestidura
del labrador compensan los sudores,
y en tus brillantes galas, sus amores,
sus glorias, simboliza la criatura.

Desde el átomo al ser tu influjo alcanza,
y a tus dones la tierra, agradecida,
himnos de amor a los espacios lanza.

Nos dejas, por consuelo, en la partida,
y en señal de retorno, la esperanza,
¡supremo bien de la afanosa vida!

¡Paz, Año Nuevo!

Ven, Año Nuevo, y sobre Europa ondea
la blanca enseña de la paz bendita:
del fiero encono, que a la lucha excita,
no más el mundo los horrores vea.

Traerá la noche espíritus y hadas,
visiones de Leyendas peregrinas
que poblarán las verdes enramadas.

La alondra y las oscuras golondrinas
cantarán, al lucir las alboradas,
las Rimas inmortales y divinas.

A la memoria de la Srta. María Montoto de Sedas
Era ayer juventud llena de encanto,
hermosura, bondad, inteligencia;
hoy, polvo nada más, que la conciencia
contempla muda en angustioso espanto.

Trueca el destino en fúnebre quebranto
el caro bien cifrado en su existencia,
y ojos que hallaban luz en su presencia
ciega la obscuridad y abrasa el llanto.

Pasó por esta tierra de tristura
breve mañana, como flor preciosa,
cual paloma sin mancha en su blancura.

En su eternal ausencia dolorosa,
deja de su recuerdo la dulzura,
de su virtud la estela luminosa.

A la Giralda

A tu sombra nací, Giralda mía,
y con el aire que te besa aliento;
de su arte soñador te hizo portento
la árabe raza triunfadora un día.

De la reina gentil de Andalucía
eres la maravilla y ornamento,
y te elevas gallarda al firmamento,
y esplendes a la luz que el sol te envía.

Yérquete siempre en mi nativo suelo,
y, al mágico vibrar de tus campanas,
olvide mi ciudad tristeza o duelo.

De alzarle entre los ángeles te ufanas;
que a tu vértice tienes los del cielo,
y al pie las hechiceras sevillanas.

Cantares

La soledad voy buscando,
y yo no puedo encontrarla:
en mi soledad más grande
siempre el dolor me acompaña.

Con la risa de mis labios
voy ocultando mis penas;
porque he visto que en el mundo
nadie al que sufre se acerca.

Mi nombre escribí en la arena,
y lo borraron las olas:
¿serán de arena las almas
donde el cariño se borra?

Voy andando, voy andando,
y atrás los ojos volviendo;
que no he de volver a hallarme
lo que en el camino dejo.

Dicen que la vida es sueño,
y todos quieren soñar:
sueño yo cosas tan tristes,
que quisiera despertar.

Mis pensamientos son nubes,
y mi corazón es hielo;
mis penas son tempestades,
por que es mi vida el invierno.

Yo no quisiera cantar,
y llorar tampoco quiero,
y el que no canta ni llora
es que vive como muerto.

¡Aquí escribió juramentos
y promesas escribió!
¡Lo que conserva un papel
se borra de un corazón!

Por no perder la costumbre
voy a escribir una copla;
que una copla es la compañía
del alma que vive sola.

En el mar de la esperanza
eché la red del cariño,
y la saqué cargadita
de desengaños y olvido.

Ya no cantaré más coplas,
si no las quieres oír;
que es razón que mis penitas
queden sólo para mí.

Postales

En donde luce el sol de Andalucía
no asustan del invierno los rigores:
el cielo es siempre azul, templado el día,
y siempre canta el ave y nacen flores.
¡Tierra es de bendición la tierra mía!

¡Qué triste es el invierno de la vida!
Como los campos en su muda calma,
como el árbol sin hojas, aterida,
en los recuerdos se refugia el alma;
que ellos dan su calor a quien no olvida.

En las serenas aguas, la barquilla
se mece con placer; no siempre al puerto
arribará la débil navecilla...
No siempre arriba el corazón desierto
de un dulce amor a la soñada orilla.

«Soy ave solitaria que canto en las ruinas...»

Soy ave solitaria que canto en las ruinas;
los vientos me acompañan con lúgubre rumor;
me envuelven en sus velos las húmedas neblinas;
la sombra es mi refugio, mi atmósfera el dolor.

Ya la tarjeta en el hogar se anhela,
pues lleva la expresión de un sentimiento;
un beso del amor que ausente vela;

de la amistad recuerdo que consuela;
del poeta inspirado un pensamiento.

La hermosa juventud todo lo encanta;
es murmurio de fuente cristalina,
flor que perfuma, pájaro que canta,
beso acariciador, sol que ilumina.

¡Belleza y juventud! hermosos dones
que a la mujer da el cielo,
y pueden conquistar los corazones,
mas no siempre la dicha en este suelo.

«El amor, ya sumiso, ya inhumano...»

El amor, ya sumiso, ya inhumano,
a caprichosas leyes se somete:
si es la mujer coqueta, es su juguete;
si tiene corazón, es su tirano.

La mujer y la flor son dos hermanas,
por la belleza y la desgracia unidas,
que suelen dar su aroma y dar sus vidas
a ingrato corazón o auras livianas.

¡Santa inocencia, aurora de la vida!
Al despertar la niña sonriente,
su risa alegre, como el sol naciente,
el dulce hogar donde el amor anida.

Entre naranjos y entre palmeras
las sevillanas cruzan ligeras,
la onda de encaje sobre la sien;
y con el aire de sus andares
se van cayendo los azahares,
formando alfombra para sus pies.

«Esa catedral grandiosa...»

Esa catedral grandiosa,
que es del mundo admiración,
desde hoy será más famosa:
guarda triste, aunque orgullosa,
las cenizas de Colón.

Si yo fuera una flor bella,
te diere aroma suave;
mi canto, si fuera un ave;
mi luz, si fuere una estrella;
mas solo te puedo dar,
de lo que conmigo existe,
un pensamiento muy triste
y un nombre que han de olvidar.

Tiene muy tristes colores
la flor de mi pensamiento:
no te lleva la alegría,
sólo te lleva un recuerdo.

«¡Qué malo es el mundo...»
¡Qué malo es el mundo,
qué triste es la vida
para aquellas almas que van por la tierra,
solitas... solitas...!

Si adonde fuera mi nombre
fuera la felicidad,
¡qué contenta me pondría
cuando firmo una postal!

Es una madre el ángel amoroso
que cuida con desvelo nuestra infancia:
si lloramos, el ángel del consuelo;
si dormimos, el ángel de la guarda.

¡Recuerdos de mi infancia venturosa!
Yo también me dormía
con besos de mi madre cariñosa...
¡Oh dulce sombra de la madre mía!
Acoge el pensamiento que te envió:
en sus hojas oscuras,
encontrarás mi llanto, cual rocío;
la huella de mis hondas amarguras;
algo que vive entre las muertas glorias;
mi amistad, siempre fiel y sin desvío;
de nuestra edad feliz dulces memorias,
y el grato aroma del recuerdo mío.

En la triste aridez del alma mía,
sólo brotan las flores del recuerdo:

por cada bien que pierdo
nace una flor obscura cada día.

Entre ellas, una ostenta más preciada
sus pétalos lucientes:
es la de mi amistad, nunca olvidada,
la que guarda su aroma a los ausentes.

En mi vida de dolor,
en la que todo lo pierdo,
sólo me queda una flor:
la triste flor del recuerdo,
que yo cuido con amor.

Mi llanto le da rocío,
mi constancia lozanía;
y esa es la flor que te envío
cual prenda del alma mía
que a tus cuidados confío.

No hay ninguna que le iguale,
y pregunta el extranjero
si es la feria de Sevilla,
o si es la feria del cielo.

Primavera de la vida,
risas, juego, sol y flores;
luego el invierno sombrío,
árbol seco, triste noche.

Carta a un amigo

No sé qué pensará mi antiguo amigo
al ver que en tanto tiempo, atrás dejado,
con mi largo silencio el suyo oblijo.

Perezas del espíritu cansado,
envuelto en los afanes del presente,
perdido en los recuerdos del pasado;
contemplación eterna de mi mente,
ansia de soledad muda y completa,
somnia de alma indiferente:

he aquí lo que me oculta y me sujeta
a no escribir de mi noticia alguna
al buen amigo y al genial poeta.

¿Qué pensará de mí, si es que importuna
a algún humano ser recuerdo mío
o interés de mi vida y mi fortuna?

¿Pensará que gozosa me confío

del mundo a los placeres y al encanto,
y en dulces glorias, sin cesar, me engrío,
o pensará, pues mi silencio es tanto,
que losa sepulcral mis labios cierra
en oculto rincón del campo santo?

No, amigo; que aún estoy sobre la tierra,
vegetando, es verdad, con vida obscura,
que en reducido círculo me encierra;
y alguna vez, con eco de dulzura,
de la antigua amistad recuerdo grato
mi muerta vida reanimar procura.

Quizás mi afecto, sin querer, fue ingrato...
Que mucho, al fin, que ingratitud aprenda,
¡si a tanto precio conocí su trato!

Ella, surgiendo en mi dichosa senda,
del alma holló la fe y el sentimiento.
¡Horrible y desigual fue la contienda!

Que mientras tuvo el corazón aliento,
luchó con la traición y la falsía;
mas la hoja seca, si la arrastra el viento,
¿podrá más que la fuerza que la guía
y en rauda, polvoriento remolino,
al hondo abismo sin piedad la envía?

Así en sus iras, me arrastró el destino;
de ajena voluntad fuerza implacable
me arrojó, ciega, en árido camino.

Y vencido en la lucha formidable
mi cariño infeliz, sin esperanza,
desolado quedó, pero inmutable.

¡Triste cariño que por premio alcanza
la risa del desdén, sarcasmo fiero,
y el negro olvido que al dolor me lanza!

¡Cuánto se engaña el corazón sincero
que, a cambio de su amor, lograr espera
otro amor inefable y verdadero:

que es la mujer, en su infeliz carrera,
flor delicada para amar nacida,
trinchada pronto en la borrasca fiera!

Mi juventud, por la desgracia herida,
huyó fugaz, sin galardón ni gloria,
dejando un cuerpo con inútil vida;

dejando un alma con tenaz memoria,
que en las páginas rotas del pasado
reanuda siempre de su amor la historia.

¡Demencia del cariño desdichado
que de mi pecho en la prisión sombría
sueña, muriendo, con el bien no hallado!

No, no pude olvidar: la pasión mía
hollada pudo ser, mas ni un momento
del ser que la impulsó renegaría;

y en el loco pensar, que es mi tormento,
quisiera que él la hallase en su presencia
cual sombra de su propio pensamiento,
como el aire vital de su existencia,
cual árbitro fatal de su destino,
cual eco acusador de su conciencia...

Y en cambio, ya lo sé, ya lo imagino,
no hará mi imagen, resignada y triste,
la más pequeña sombra en su camino.

...Perdona, amigo, si en mi labio viste
la queja del dolor que me asesina;
pues amistad sincera me ofreciste

y a ella, en su soledad, mi alma se inclina,
como a la luz que brilla en el santuario
el viajero perdido se encamina.

Yo llegaré hasta el fin de mi calvario
con mi pesada cruz, cruz del olvido,
que el corazón arrastra solitario.

Del cariño más fiel el premio ha sido,
y aunque agobio mi ser, miraba en ella
lo que restaba de mi amor perdido:

dulce recuerdo que mi vida sella;
que aunque tan breve fue mi amada gloria,
me consuela el pensar que existió ella.

Si acaso quieres escribir la historia
de amor tan infeliz y tan constante,
serás el guardador de su memoria,
y el trovador amigo que la cante.

Lágrimas

Tiene, así como el cielo su rocío,
su llanto el corazón; lluvia escondida
que al hondo embate del dolor impío
corre de nuestros ojos desprendida.

No sabremos quizá por qué lloramos;
pero si que llorar es nuestra suerte,
y si con llanto el mundo saludamos,
con llanto nos despiden en la muerte.

El suelo del Edén, perdida gloria,
con las primeras lágrimas se quema,
y del pecado en eternal memoria
las hizo Dios de nuestra vida emblema.

Vamos en pos de fúlgida esperanza,
de la ilusión que nos mostró su encanto;
si el triste corazón no las alcanza,
¿qué le resta después? tan sólo el llanto.

Lloramos del destino la inclemencia;
del amor, inquietudes y recelos;
rigores de la muerte, y de la ausencia
miserias, desengaños, desconsuelos.

Que fue el mortal para llorar nacido,
y llora eternamente sus pesares:
el llanto, que en la tierra se ha vertido,
aumentó las corrientes de los mares.

Lágrimas, si, por el dolor creadas,
siempre del hombre compañeras fueron;
del Gólgota en la cima derramadas,
la humanidad culpable redimieron.

Cual la luz de una tarde que declina,
se extingue el bien, si a nuestro paso brota,
y sólo el sufrimiento no termina,
ni el raudal de las lágrimas se agota.

Mudo lenguaje del humano duelo,
no dejarán el mundo en abandono;
su reino desdichado es este suelo,
y el corazón de la mujer su trono.

Mi único amigo

Tengo un amigo: el sólo que me resta
de los que en otro tiempo así llamaba
y ya me arrebataron
el olvido, la muerte o la distancia.

Tierna amistad nos une
desde aquella niñez, ya tan lejana,
que en las manos del tiempo
rotas dejó sus deslumbrantes alas,
por la razón cambiando la inocencia,
la paz del cielo por la lucha humana.

Lo hallé una noche del abril risueño,
de esas de encantos y delicias llenas,
que perfuman los blancos azahares
y alumbran, rutilantes, las estrellas.

Yo sentí penetrar dentro del alma
su mirada serena
que hablarme parecía
de otro mundo más bello que la tierra;

mirada melancólica
que el corazón de su dulzura impregna;
beso de luz suave
que aduerme, que acaricia, que consuela.
¿Qué singular y mágico atractivo
esa mirada encierra?
Yo, en mi niñez, la amaba,
y fue siempre el imán de mi existencia.

Mi amigo desde entonces
me siguió de la vida en los senderos;
él consolaba mi escondida pena,
él me mostró los mundos del ensueño,
los nobles ideales
que el alma elevan del impuro suelo.
En una noche que jamás olvido,
de mi propio dolor como el reflejo,
pálido, triste y mudo
besó la frente de mi padre muerto;
y hoy, de mi amor, que ni la muerte amengua,
piadoso mensajero,
lleva a su tumba flores de mi alma,
flores de la oración y del recuerdo.

No me abandonará: si fiel me sigue,
aquí, en las soledades de la vida,
allá, en las soledades de la muerte
-quizás menos sombrías-,
me seguirá también; y su mirada,
doliente y compasiva,
derramará sobre el sepulcro mío
su claridad bendita,
cual santa ofrenda, cual divino lazo
de unión eterna con su fiel amiga.
¿Queréis saber el nombre misterioso
del ser extraño que mi ser subyuga,
y habla de lo infinito a mi conciencia,
y sostiene mi espíritu en la lucha,
y el cielo muestra a mis cansados ojos
siempre que el bien y la justicia buscan?

Yo su nombre os diré, su claro nombre
que la mano de Dios grabó en la altura;
que es este dulce amigo de mi alma
un rayo de la luna.

Mi primer paso

Al torcer una curva del camino
lo diviso a lo lejos,
con sus casitas blancas cual palomas
y sus floridos huertos;
en derredor de la vetusta torre
desmoronada a trechos,
y que aún se yergue como fiel vigía
que vela por el pueblo.

.....

Con qué emoción tan honda le saludo
y a sus contornos llego:
aquí las horas de mi dulce infancia
con placidez corrieron.
Estas silvestres flores,
que voy pisando en el camino estrecho;
el aire, recargado
de olores del tomillo y del romero;
el rudo campesino, descubriéndose
del Ángelus al toque, cuyo eco
de la torre desciende
lentamente perdiéndose en el viento;
el grupo alegre de garridas mozas,
de las eras volviendo,
cantando alguna copla intencionada
que entiende el mozo apuesto;
las montañas, allá en las lejanías,
sus onduladas líneas extendiendo;
los campos silenciosos,
que el crepúsculo envuelve en sus misterios;
todo me muestra aquí de algo perdido
la imagen cierta que surgió de nuevo;
cuadro en que se renuevan los colores,
forma viva y real de mis recuerdos.

.....

Este es el sitio ameno y delicioso
cuyo apacible encanto
mi madre amada disfrutar solía
las tardes del verano.
Aquí la Fuente-Santa
da al aire quieto su murmurio blando,
y corre de sus aguas rebosantes
el arroyuelo manso,
Su ramaje los árboles enlazan,
frescas grutas formando,
y dan al suelo las campestres flores,

tapiz vistoso de matices varios.
Aquí adoro un recuerdo; en este sitio
 di yo mi primer paso;
aquí me acarició la madre mía
 con regocijo santo.

Tal vez, en el reborde de la fuente
 ella buscó descanso,
para darme la savia de su pecho
y los besos benditos de sus labios,
Quizás buscara, en calurosa tarde,
 la sombra de aquel árbol,
y de sus flor, hermanas de esas flores,
 formó sencillo ramo.

Quizás en ese arroyo cristalino
 ella mojó su mano,
y cogió para mí las piedrecillas
 que yo tiré jugando.

¡Ay, madre de mi alma,
ángel de mi niñez, siempre mi amparo,
 de esta tierra querida
ya mi huella y la tuya se han borrado;
aquí de mi existencia vi la aurora,
y ya en la noche de la vida avanzo.

Aquí pasé de tu regazo amante
a la tierra que aún piso, y tú has dejado;
 aquí amparó mi senda,
la triste senda del dolor humano.

.....
 Adiós, tierra sagrada,
que mi madre pisó; de ti me aparto,
y antes de proseguir la incierta ruta
que ha de llevarme a mis postreros pasos,
 yo tu polvo bendigo
y te dejo mis besos y mi llanto.

A Sevilla

 ¡Sevilla! suelo fecundo
lleno de luz y grandeza,
¿qué diré de tu belleza,
que ya no haya dicho el mundo?
Nunca mi afecto profundo
pudo elevarte canciones;
más hoy que, en otras regiones,
de verte la dicha pierdo,
es para mí tu recuerdo

manantial de inspiraciones.

Miré en ti la luz del día,
tus auras diéronme arrullo,
y te nombro y siento orgullo
de llamarte patria mía.
Hoy, que el afán que me guía
lejos de ti me ha lanzado,
tu recuerdo idolatrado
en mi corazón no muere:
¿cómo, quién así te quiere,
pudiera haberte olvidado?

¿Y cómo te he de olvidar,
si a más de lo que te adoro,
en ti he dejado el tesoro
de mi familia y mi hogar?
¿Cómo no habré de soñar
en tu encanto y tu hermosura,
si tiene en ti mi ternura
cuanto es su bien en la tierra?
¿Cómo no, si en ti se encierra
el templo de mi ventura?

Tu sol de fuego encendió
mi juvenil fantasía;
tú cielo, de su poesía
un átomo en mi vertió;
desde niña en mi brotó
de gloria el afán ardiente:
¿cómo hallarla, si mi mente
vierte confusa su idea?
¡No es fácil que nadie vea
lo que hay detrás de mi frente!

No debí tender el vuelo
lejos de mi dulce nido;
mas ya que así lo han querido
la suerte y mi loco anhelo,
mi alma, en continuo desvelo,
recordándote suspira;
el patrio amor que me inspira
es un amor grande y santo:
¡yo te ofrezco el primer canto
que brota aquí de mi lira!

De tu suelo en el vergel

fecunda vida tuvieron
los que el orbe conmovieron
con la pluma y el pincel.
De su gloria el rayo fiel
siempre iluminarte pudo,
y yo sus nombres saludo
en el libro de la historia:
¡viviendo fueron tu gloria,
y muertos serán tu escudo!

En tu mente no derrama
sus sombras estéril sueño;
que hoy muestras glorioso empeño
en acrecentar tu fama.
El genio su ardiente llama
entre tus hijos reparte,
y luchan por conquistarte
lauros de perpetuo brillo:
¡tú coronaste a Murillo,
y a ti te corona el arte!

Lejos tú de la región
donde hoy con dolor se escucha
el grito de horrible lucha
y el estruendo del cañón,
vigorosa inspiración
su sello en tu frente imprime;
y mientras la guerra esgrime
su espada en sangre teñida,
cumples en paz bendecida
tu misión, que es más sublime.

No con vil desconfianza
te entregues al desaliento,
porque es tan noble tu intento
como justa tu esperanza.
Con fe decidida avanza
por la senda en que caminas,
y tal vez, si es que imaginas
dar siempre tan alto ejemplo,
el porvenir te alce un templo
sobre tus propias ruinas.

¡Patria! A pensar y a sentir
en tu recinto empecé,
yo que en la gloria soñé,
fuí por ella a combatir.

Mi frente no ha de ceñir
el laurel de la victoria;
mas aunque olvide la historia
mi nombre desconocido,
si no merezco tu olvido
¿para qué quiero más gloria?

Plegaria

Vengo a besar el sacro pavimento

Solo está el templo, silencioso y frío:
en su ámbito sombrío
todo es confuso a la primer mirada:
columnas de labrados capiteles,
cual centinelas fieles,
guardar parece la mansión sagrada.

Traspasa por los huecos ojivales,
policromos cristales,
un rayo temblador del sol poniente,
que en los arcos y altares desmayando,
extinguiese besando
del Cristo augusto la divina frente.

De la mano de un ángel suspendida,
la lámpara bruñida
con oscilante luz al Cristo alumbra,
mientras la finge el ánimo medroso
espectro misterioso
de la desierta nave en la penumbra.

Los monjes con sus hábitos oscuros,
pintados en los muros;
los santos en su dulce arrobamiento;
las losas sepulcrales, carcomidas,
sin orden esparcidas
en el viejo y gastado pavimento;

La soledad en que la paz reposa,
al alma religiosa
hablan mejor que el órgano sonoro
y los fulgores que el altar derrama,

reflejando su llama
sobre el rico mantel bordado en oro.

Yo te busco, Señor, en tu Calvario
y en tu Cruz, solitario,
para mostrarte el corazón doliente;
y en tus sagrados pies, que Magdalena
ungió, de piedad llena,
las lágrimas caerán del penitente.

Siguiendo los senderos de la vida,
yo vi mi fe extinguida;
rosas de juventud se marchitaron;
cuanto amé sucumbió; la pena aguda,
la tibieza y la duda
de tus benditas aras me alejaron.

Y hoy vuelvo a Ti mis ojos doloridos,
del llanto enrojecidos,
y el triste corazón desconsolado:
tiende hacia mí, para cerrar su herida,
tu mano bendecida,
y levanta mi espíritu postrado.

Dijiste «No matar», y en odio ciego,
bajo el tronante fuego
de máquinas horrendas que exterminan
y en escombros convierten las ciudades,
entre inicuas maldades,
los hombres, los hermanos se asesinan.

¡Piedad, Señor! Piedad para el planeta
que tu mano sujeta
con riendas de luceros rutilantes.
Lloraremos, Señor, nuestros pecados:
tus brazos enclavados,
abiertos nos esperan siempre amantes.

Y los pobres de espíritu, afligidos,
y los arrepentidos
a ti claman: ¡Señor, misericordia!
Del trágico luchar cese el espanto;
alce tu cetro santo
al reino de la paz y la concordia.

Con tus bondades tu criatura sella:
¿por quién, sino por ella,

bajaste al mundo, Redentor sumiso,
y tu sangre purísima vertiste,
y muriendo le abriste
las puertas del cerrado Paraíso?

No sólo para mi tu gracia imploro;
su celestial tesoro
llegue a todos los míseros mortales:
sobre el haz de la tierra estremecida,
por el hierro oprimida,
pasan rugientes genios infernales.

¿Es Caín el que errante por la tierra
hace surgir la guerra
al salpicar la sangre de sus manos,
o es que del hombre el pecho empedernido
ha puesto en el olvido
tu palabra de amor: «¡Todos hermanos!»

Descansen todos bajo enseña amiga:
que la dorada espiga
dé a todos de su seno el don fecundo;
broten del bien los puros manantiales,
y tienda, libre de tremendos males,
su red de amor y de justicia el mundo.

No entonces en Calvario luctuoso,
sino en Tabor glorioso
tu eterna Majestad se mostraría;
y adorando tus leyes, la criatura,
que formaste a tu hechura,
de nuevo en el Edén renacería.

Carta triste

Querida amiga del alma:

Tu carta llegó a mis manos
esta tarde, y el momento
de contestar no retardo,
agradeciendo el cariño
que me muestras en tus párrafos;
y tomo la torpe pluma
y el papel, de luto orlado,
que cual generoso amigo,
a quien no se acude en vano,
para mis negras ideas

me ofrece su fondo blanco.

De mi silencio al quejarte
justas tus razones hallo;
pero el dolor que me embarga
es tan hondo y pesa tanto,
que no siempre halla camino
para subir a mis labios.
Me pierdo en la pena mía
como en el mar pobre náufrago;
y en el aislamiento lloro,
recuerdo, medito y callo;
y hay voces en mi silencio,
y caricias en mi llanto,
que entienden y que recogen
las almas con que yo hablo.

De la dulce madre mía
pronuncio el nombre adorado,
y en su recuerdo me abismo,
y en mi delirio la llamo,
cuando no han de responderme
yertos y mudos sus labios;
cuando sus ojos dormidos
con sueño profundo y largo,
no verán las soledades
que a mi pecho dan espanto.

¡Ay, mi madre idolatrada,
ay del hogar solitario!
¡Ay del alma que va sola
por la tierra vegetando,
triste huérfana de amores
que llora su desamparo;
que están mis amores muertos
y vivo para llorarlos;
y sueño con otra vida,
con un amor, ignorado
que la muerte no me robe,
ni acabe el olvido ingrato;
sueño en un hogar tranquilo,
del mundo odioso alejado,
donde todas las heridas
cura inagotable bálsamo,
bálsamo de paz y olvido;
que ese hogar tan deseado
es el último que ofrece

al cuerpo reposo grato:
es un humilde sepulcro,
al de mi madre cercano,
que la luna a un tiempo mismo
baña con destello pálido,
y en las tormentas de invierno
alumbra un mismo relámpago.

Perdona, amiga del alma,
si llego a afligir tu ánimo;
mas ¿qué puede dar el triste,
sino de sus penas algo!

Si porque callo te quejas,
y te quejas porque hablo,
culpa sólo a mi destino,
que, riguroso y tirano,
cerrando al alma horizontes,
sepulcros abrió a mi paso,
y al robarme de mi madre
el amor inmenso y santo,
de mi postrera alegría
apagó el último rayo.

Por eso cada palabra
es una queja en mis labios;
por eso mis pensamientos
corren, en olas de llanto,
hacia las playas ignotas
que al dolor brindan descanso.
Sin duda, para el dichoso
será mi lenguaje extraño;
pero tú también del mundo
recogiste fruto amargo,
y del dolor el idioma
las desgracias te enseñaron.

Por eso el lóbrego abismo
de mi corazón te abro;
que con quien no ha de entenderme
penas y palabras guardo;
y adiós te digo, cual siempre
digo ¡adiós! a lo que amo;
que de tristes despedidas
mis desdichas se formaron.

¡Adiós! dije a mi esperanza,

a mis sueños, a mis lauros,
y adiós ¡el adiós supremo!
a mis muertos adorados.

Hojas caídas

A los primeros vientos del Otoño

las amarillas hojas se columpian
entre los huecos que dejó el follaje
al perder su verdor y su espesura.
Y van cayendo; ráfagas ligeras
del árbol las desprenden una a una,
o en recia sacudida
hienden el aire como espesa lluvia.

El suelo cubren cual crujiente alfombra;
las pisa planta ruda,
y parece que exhalan un gemido
al verse holladas en la tierra dura.
¡Ellas, antes mecidas por las auras,
besadas por el sol y por la luna
en la alta copa que adornó el espacio
como oscilante cúpula;
ellas, que, en juventud, al árbol dieron
su pompa y hermosura,
y abrigaron cual madres cariñosas,
la flor temprana, la naciente fruta;
ellas, que dieron sombra al caminante
y al ave blanda cuna,
y a los desiertos campos sus rumores,
y a los cálidos aires su frescura!

Mas llegó la vejez, llegó el invierno,
y pálidas y mustias,
como tristes despojos de la vida
las llevará del huracán la furia.
Ya giran en revuelto remolino,
se alejan o se juntan,
y al hallar un momento de reposo,
se despiden, quizás por la vez última.
No verán más sus árboles queridos:
ya el aire las empuja,
y revolando irán, lejos, muy lejos,
¡para no volver nunca!

¿Adonde, adonde irán? En varia suerte,

del viento esclavas, por distintas rutas,
y en rápido tropel luego esparcidas,
caminarán a su ignorada tumba.
Subirán unas a la enhiesta cumbre,
bajarán otras a la sima oscura;
a unas arrastrará raudo el torrente,
otras irán del mar en las espumas,
y en las aguas perdidas, o en el polvo,
no dejarán al fin huella ninguna.

¡Pobres hojas caídas,
os miro con piedad y con angustia;
vuestro fin lastimoso me presenta
del humano existir la copia justa!

También somos los seres
débiles hojas que el destino impulsa,
y arrastran las pasiones
por sendas varias, entre horribles luchas.

Al cerrar para siempre nuestros ojos
a la luz de ese sol que nos alumbra,
nuestro fin es igual, ¡oh pobres hojas!:
desaparecer... morir... no volver nunca.

Mi retrato

Ya que por mi biografía
sabes de cierto quien soy,
justo es que te mande hoy,
hecho a pluma, con la mía,

Mi retrato exacto y fiel,
pues no he de hacerme favor:
nada mejor ni peor
de lo que soy pondré en él.

Nunca pinté ni una mona,
y, por lo tanto, no sé
cómo me las compondré
para pintar mi persona.

Como no tengo belleza
que con raras perfecciones
se preste a comparaciones
de varia naturaleza,

Donde mi numen poético

algo pudiera lucir,
no sé cómo describir
mi físico nada estético.

Cantando a sus Dulcineas,
vates de triste figura
bien retratan su hermosura,
pues no aman nunca a las feas;

Y dicen a sus hermosas,
que son de todos metales;
que sus labios son corales,
sus ojos piedras preciosas,

Sus dientes de finas perlas,
y de cabellos de oro:
dueñas son de gran tesoro,
y es natural el quererlas.

Yo no me vi en ese espejo,
pues del Padre celestial
no obtuve tesoro tal,
sino huesos y pellejos;

Por lo cual no hay quien me cante;
y por darte mi retrato,
solita paso el mal rato
para salir adelante.

¿Por donde habré de empezar?
¿Mi estatura? no es enana;
soy delgada, y muestro ufana
cierta elegancia al andar.

El color de mi semblante
clarito aunque no de nieve,
y un sonrosadito leve;
la tez, fina como un guante.

Pequeñas son mis orejas,
y gozo en verlas tan monas;
que he visto a algunas personas
que las tienen como tejas.

De grande no tiene fama
mi boca, ni es muy pequeña,
y nunca fue pedigüeña;

y el que no llora, no mama.

 Mi nariz no es un hechizo;
 la hubiera querido griega,
 pero quizás no me pega,
 y Dios sabe lo que hizo.

 Mis ojos chiquitos son;
 mas de intensas miraditas,
 ven las cosas muy claritas
 donde no hay buena intención.

 No es ancha, en verdad, mi frente;
 mas debo decir, sin miedos,
 que tengo más de dos dedos,
 que no tiene mucha gente.

 Mi cabello obscuro y fino,
 en que cifré mi cuidado,
 buen desengaño me ha dado:
 ¡tiene canas el indino!

 Mi pie, pequeño, también
 me suele dar malos ratos,
 pues cuando busco zapatos
 no hay uno que le esté bien.

 ¿Mi talla? No es presunción
 si digo una cosa extraña:
 dos vueltas sólo a una caña
 le doy con mi cinturón.

 Mis brazos, no los prefiero,
 haciéndoles duros cargos;
 que es mal que siendo tan largos
 no alcancen adonde quiero.

 La mano me es más simpática,
 y acaso de ella presuma,
 pues maneje aguja o pluma,
 me parece aristocrática.

 Y yo, en fin, de mi exterior
 no sé qué más te diría.
 Tu dirás si en armonía
 está con el interior.

Hay quien pretende que sea
del alma espejo la cara:
la que yo tengo ¿declara
que yo tenga el alma fea?

Mas como en esta cuestión
no puedo ser juez y parte,
mi retrato al enviarte,
dejo a ti la solución.

Y en él, cuando yo esté en gloria,
quedará mi amistad fiel,
y me verás siempre en él,
pidiéndote una memoria.

A los poetas sevillanos
¡Hermanos!: ¡Paz y salud!

Alzo mi voz dolorida,
que es voz de la senectud,
y os saludo conmovida
con frases de gratitud.

Varones que a la ardua ciencia
disteis con firme tesón
vuestra noble inteligencia;
los de galana elocuencia;
los de rica inspiración:

Gracias en este momento
en que en mi pobre poesía
pusisteis el pensamiento
con afable sentimiento
de indulgente simpatía.

De vuestro aplauso sincero,
que llega a mi soledad,
recojo el don lisonjero,
como signo verdadero
de santa fraternidad.

De mi olvidada canción
los ecos al resurgir,
revive mi corazón;
porque esas canciones son
el ritmo de su latir.

Guardadlas en la memoria,
y ellas os dirán mi historia,
que, humilde, en poco se encierra;
en el amor a la gloria,
y en el amor a mi tierra;

En el culto al hogar santo
donde era luz y alegría
la madre a quien amé tanto;
en adorar la poesía
que daba al alma su encanto.

Cuanto hermoso y grande hallé
ensalcé con vivo ardor,
y a mi lira confié
mis esperanzas, mi amor,
mis entusiasmos, mi fe.

Soñaba en mi bella edad
con las célicas visiones
de gloria y felicidad:
¡qué dulces las ilusiones!
¡qué amarga la realidad!

Como el invierno deshoja
al árbol de su hermosura,
y con la lluvia le moja,
y con el viento le arroja
derribado en la llanura,

Así el mal me ha combatido,
y su implacable rigor,
que a la vejez me ha seguido,
ha destrozado y ha hundido
todo cuanto fue mi amor.

Vientos de muerte pasaron;
cayó de mi hogar el muro;
pobres mujeres lloraron
y bajo techo inseguro
sus desdichas albergaron.

Por el pan de cada día
la materia lucha y gime:
castigo a la rebeldía
del hombre, en su primer día,

y expiación que la redime.

Del hogar escudo fuerte
Dios hizo que el hombre fuera:
¡ay si por terrible suerte
se lo arrebatara la muerte
a su débil compañera!

Ya el árbol no se levanta;
las hojas al polvo van,
y es su desventura tanta,
que las pisa tosca planta
y las barre el huracán.

¿Qué mucho si fui abatida
yo, la más pequeña gota
que arrastra el mar de la vida,
átomo errante, hoja rota
por los vientos combatida,

Si los que gigantes fueron
y con su genio asombraron,
entre infortunios vivieron,
con la adversidad lucharon
y en la pobreza murieron?

Ellos a la humanidad
dieron su aliento fecundo,
que fue ciencia o santidad,
que fue un libro, que fue un mundo,
y hallan la inmortalidad.

No es tan alto mi destino:
no tengo el genio divino
que deja eternal memoria;
las zarzas de mi camino
no se convierten en gloria.

De mi vida en el ocaso,
ya la sombra se acrecienta.
¿Qué os dejaré de mi paso,
al romper el frágil vaso
en que el espíritu alienta?

Páginas descoloridas
que guardan marchitas flores,
y unas lágrimas vertidas,

por mi pluma recogidas
para escribir mis dolores.

Nada más, pues nada fuí.
¿Qué puedo al mundo dejar
que eterno perdure aquí?
Yo tan sólo supe amar...
¡Quién se acordará de mi!

Si al pasar mi último día
durmiese mi polvo humano
en la tierra extraña y fría
del cementerio aldeano,
lejos de la tierra mía;

Hermanos, ved lo que os pido:
no me dejéis siempre sola
en mi sepulcro escondido,
porque me espanta la ola
quieta y muda del olvido.

Me espanta que a mi alrededor,
entre sepulturas huecas,
brame el viento mugidor,
y cubran las hojas secas
mi tumba sin una flor.

Llegue también vuestra egida
a mi eterna soledad;
que una memoria sentida
es también, en la otra vida,
una Flor de Caridad.

Poesías

Mercedes de Velilla

El Excelentísimo Ayuntamiento en sesión de 25 de Septiembre de 1918, acordó, a propuesta de la Comisión Municipal de Hacienda, confiar a los Capitulares señores Blasco

Garzón y Montoto de Sedas, el trabajo de organizar y dirigir la edición de todas las poesías inéditas de Doña Mercedes de Velilla, y que el Cronista oficial de la ciudad redactara un prólogo para dicha edición.

Sevilla, 16 de Octubre de 1918.

El secretario,

Miguel Bravo Ferrer.

Prólogo

A las poesías de la señora Doña Mercedes de Velilla

Escrito en cumplimiento de acuerdo del

Excmo. Ayuntamiento de Sevilla

por el

Cronista Oficial

Mercedes de Velilla

La musa del dolor, huésped asiduo de su casa y de su vida, inspiró el mayor número de sus composiciones poéticas. Busquemos, por tanto, en sus versos los latidos de un corazón apenado, las ansias de un alma cautiva y las señales de muchas lágrimas.

El espectáculo, primero, de un hogar tan modesto como honrado, en el ambiente de áurea medianía que tolera un vivir ni envidiado ni envidioso; el amor de unos padres que tienen puestas en sus hijos todas sus complacencias; el cariño de un hermano, compañero y maestro; la íntima comunicación con la amiga entrañable, copartícipe de gustos y aficiones;

el trato de poetas y artistas, que acuden solícitos para escuchar rimas sonoras como láminas de plata; el aplauso público, que, cual airecillo sutil pasando por entre flores, refresca la frente encendida por la llama del pensamiento; el periódico que centuplica un nombre, y el libro que lo divulga... he ahí los primeros y mejores años de la vida de Mercedes de Velilla.

Era su casa, su casita de la calle de Manteros el punto de reunión de los jóvenes que amaban las letras y las cultivaban en Sevilla; todos los cuales rendían parias a la soberana inspiración del autor de *Witiza* y *La Luz del Rayo*. Acudíamos allí diariamente, Rafael Álvarez Sánchez-Surga, felicísimo traductor de los poetas alemanes, muerto cuando prometía muchos y sabrosos frutos, porque era de talento muy claro e infatigable en el estudio: Felipe Pérez y González, de sutil ingenio y abundante vena cómica, que andaba entonces a vueltas con la publicación de su *Libro Malo*, anuncio de otros que sazonarían la experiencia y el buen gusto: Cano y Cueto, el enamorado de la tradición y la leyenda; de portentosa facundia, autor de cuentos fantásticos en que se hallan como en germen las aptitudes que se desbordaron de las páginas de las *Leyendas y Tradiciones Sevillanas*: Mario Méndez, de palabra de oro, hondo pensar y sentir profundo: Carlos Peñaranda, el apasionado de Víctor Hugo, a quien dedicó la primera colección de sus poesías; mozo que comulgaba con la fe del neófito en los principios proclamados por la reciente revolución triunfante; deudo de los hermanos Escudero y Perosso, Luis y Francisco, éste, hombre de ciencia y eximio bibliófilo, culto e ingenioso escritor dramático, aquél; y, finalmente, ocupando el último lugar, quien traza estas líneas, el anciano, hoy, que logra el triste privilegio de sobrevivirles, y cuya humilde pluma aún no se ha consumido escribiendo, porque cree que no ha escrito todavía cuanto resulta en deberles por las cuentas de una amistad sincera.

Ibamos a aquella casa, a que llamábamos el Parnaso, para mantener encendido el fuego de los dioses. Leíamos las composiciones propias, y escuchábamos atentos la lectura de las ajenas. Nos comunicábamos en la intimidad de las aficiones comunes, en la expansión de la amistad que la generosa juventud desborda... No mucho después, otros jóvenes, Rodríguez Marín y Juan Antonio Cavestany, aumentaron, avalorándola, la hermandad literaria sevillana, no menos brillante en el último tercio del siglo decimonono, que aquella otra que comenzó a descollar en las postrimerías del decimooctavo y llegó a las cumbres, capitaneada por los Listas y los Reinosos. También nos llevaba a la casa de la calle de Manteros el deseo de conversar con la niña humilde y modesta, de cuyos labios escuchábamos con deleite la lectura de los versos que brotaban de su pluma, claros y limpios como las aguas de una fuente cristalina.

¿Qué mucho, que nos cautivase con lo exquisito de sus sentimientos, la sonoridad de sus rimas y su dicción castiza y sin afeites, siempre noble y levantada, nunca desmayada o baja, si el autor de *El Tanto por Ciento* la calificó de «prodigio», después de someterla al más rudo de los tormentos que imaginar pudiera el mismo Apolo?

Hallábase en Sevilla el gran poeta don Adelardo López de Ayala, empeñado, al parecer, en empresas literarias; conspirando, en puridad, al fin de sublevar en la bahía de Cádiz a la Marina española. Cercáballo por la noche, en torno de una de las mesas del café que hoy se denomina de Madrid, corte de literatos y artistas, entre ellos Velázquez y Sánchez, Jiménez Placer, Segovia, Cayetano de Ester y Escudero y Perosso, pendientes de una palabra grave,

sonora y majestuosa, que no era para olvidada, si tal vez fué oída. Hubo, no recuerdo cuál de los contertulios, de leer a Ayala diversas composiciones poéticas de Mercedes de Velilla; y fueron tan del agrado del autor de El Nuevo Don Juan, que expresó su vivísimo deseo de conocer a la autora, imaginándosela una dama cargada de años y de experiencia. ¿Cuál no sería su asombro al saber que la poetisa era una joven sin otros estudios que los que cursan en academias y colegios las niñas españolas? Surgió en su ánimo la misma sospecha que asaltó á muchos: ¿no sería el padre de los versos, que tan a mieles le supieron, el hermano de la autora supositicia; y, si no en todo, no andaría por ellos, en gran parte, una mano avezada a vencer las dificultades de la versificación? No era don Adelardo hombre que se paraba en barras; y lo ejecutó como lo pensó. Fue a la casa de la poetisa; le oyó recitar unas y leer otras de sus composiciones, y, por último, le dio tema para escribir un soneto en el término improrrogable de quince minutos. «Verdaderamente -exclamó Ayala-, esta niña es un prodigio».

¡Qué dulce placidez! ¡Qué paz del espíritu, tan soberana, fluye de sus primeros versos! ¡Cuánta humildad, cuánta modestia! ¿Qué importa que la cerque un coro de admiradores, y se vea aclamada en la escena al rendir con los poetas sevillanos un homenaje de admiración al Príncipe de los dramáticos españoles?... Allí, Fernández Espino, el docto catedrático; y Juan José Bueno, que al escribir cincelaba las palabras; y Velázquez y Sánchez, el Quevedo sevillano; y el caballeroso De Gabriel y Ruiz de Apodaca; y el entusiasta Lamarque de Novoa; y el sentido Jiménez-Placer; y el inspirado y valiente Narciso Campillo; y Antonia Díaz, prototipo de la dama española... El concurso aplaude a todos, porque todos caldean con sus versos la memoria de los héroes del teatro calderoniano: Segismundo, Pedro Crespo, Don Lope de Figueroa, El Caballero Español, La Danza Española, Don Toribio Cuadradillos, Clarín y Chispilla la Bolichera... Ella también, perla en el joyero de la poesía sevillana, es aclamada por los espectadores.

Su nombre vuela a par de los que consagró la fama. Sus versos, divulgados por los periódicos y las revistas literarias, se leen y se citan con encomio. En ella prosigue la tradición que comienza en doña Feliciano Enríquez de Guzmán, sigue en Sor Gregoria de Santa Teresa, y esplende en Antonia Díaz, Isabel Cheix, Blanca de los Ríos y María Tixe: almas privilegiadas que afirman la igualdad del hombre y la mujer en los cielos infinitos del arte, como la proclamaron Teresa de Jesús, Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda, Cecilia Böhl de Fáber, Concepción Arenal y Rosalía de Castro.

¿No es de extrañar que el orgullo no entre en el corazón de la niña, y no la ciegue y enloquezca?

Grande amistad unía a la familia de Mercedes con el enérgico intérprete de El Cid, Pedro I de Castilla y Don Juan Tenorio. Ya por el año de 1865, don Pedro Delgado cultivaba el trato de José de Velilla, a la sazón un niño, y representaba la primera obra dramática del estudiante para quien amigos y maestros columbraban en lo por venir un nombre glorioso. Delgado y Velilla sentían a compás el arte de la escena. Apasionados de la tradición clásica, sin desdeñar la influencia del espíritu moderno, consideraban el verso como consubstancial con el pensamiento dramático, y dentro siempre de las lindes españolas, no osaron nunca salvarlas para pisar tierras extranjeras. Velilla escribía dramas para don Pedro Delgado -Witiza, La Luz del Rayo, La Expulsión de los Moriscos, amén de

otros-, y el actor los representaba con tanto cariño, que no parecía sino que era su propio autor. Intima fue su amistad, y mediaron pocos meses entre la muerte de uno y otro. Sus cenizas yacen bajo la misma tierra bendita.

Delgado, que a sus singulares aptitudes para la Escena, en la cual fue el ídolo de las muchedumbres, unía un exquisito gusto librario, y leía y declamaba los versos como nos imaginamos que los recitaran los intérpretes de Sófocles y Esquilo, leyó los dulcísimos de Mercedes, y los recitaba con el mismo calor con que cantaba los de Zorrilla, en Traidor, Inconfeso y Mártir, o los de García Gutiérrez, en Venganza Catalana.

¿Por qué no había la niña de seguir las huellas de su hermano? No hay aplauso que halague tanto a quien se rinde, como el que se cosecha en el proscenio. El buen libro lleva al autor, poco a poco, el pláceme de los lectores, la aprobación que nació silenciosa, concedida después de meditación serena. Los aplausos del público congregado en un recinto, pensando con una sola inteligencia y sintiendo con un solo corazón; la aclamación fervorosa, que llega toda entera y de una vez al autor del drama, es algo así como la chispa de la electricidad acumulada; mucho más, como la visión de la gloria. Delgado decide a Mercedes a escribir para el teatro, y la representación de El Vencedor de sí mismo da los honores del triunfo a la autora. Tampoco la desvanecieron los laureles escénicos. ¡Siempre humilde! ¡Modesta siempre!

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras celebraba anualmente, el día 23 de abril, solemne fiesta en honor del Príncipe de los ingenios españoles, adjudicando en aquel acto los premios ofrecidos en público certamen. Útiles eran tales torneos de la inteligencia, no sólo porque estimulaban a la juventud, que ha menester que se la aliente, sino también porque fomentaban la lectura y el estudio de las obras de Cervantes. La Academia se anticipó en casi medio siglo a la obra de reparación y sano patriotismo que entraña el culto a la memoria del autor del Quijote. Porque, a decir verdad, íbamos los españoles quedándonos a la zaga de las naciones extranjeras en esto de celebrar lo bueno que tenemos en casa, y, pese a algún espíritu inquieto, demoledor de todo lo pasado -¡como si en la solidaridad de lo pasado con lo presente pudiera haber separación de partes!-, el ingenio alcalaíno es de lo mejor que nos ha quedado. A aquellos certámenes concurrió Mercedes de Velilla, y logró los laureles de la victoria, compartiéndolos con Antonia Díaz, Isabel Cheix, Cano y Cueto, Cavestany, Velarde y otros muchos.

Corrían por sus versos unas ráfagas de profunda melancolía, a las veces, a las veces como brisas otoñales, mensajeras de tristezas; y los caldeaba un anhelo vivísimo por algo sobre natural, extraterreno. Vislumbraba los reflejos del sol; pero ¡ay! los albores no le anunciaban alegres el nuevo día: eran el adiós último de un astro que iba a apagarse entre las sombras.

Ni se crea que sólo cantó las dulzuras del hogar, el amor a la familia, la fe religiosa, tímidos anhelos de renombre, melancolías y tristezas. Cantó también a la Libertad, al Arte y a los Príncipes de la Poesía, y tuvo acentos para condenar las injusticias del mundo. Sin embargo, no hay que contar los quilates del oro del corazón de la poetisa por estas composiciones, sino por aquéllas, que muestran mejor la calidad del metal. De los cantos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, dijo Don Juan Nicasio Gallegos que en ellos todo era

nervioso y varonil. «No brillan tanto -añadió- los movimientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, propias de un pecho femenino y de la dulce languidez que infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos, que alumbró su cuna.» Los versos de Mercedes de Velilla son linfas de ternura; aguas limpias y transparentes que dan la sensación de las exquisiteces del alma de la mujer.

¿Presentía, con la intuición de las almas grandes, que, al correr del tiempo, todo habría de consumirse en la hoguera del dolor? La exaltación de su espíritu era el misticismo que la despegaba de la tierra. Leed estos versos, últimos de su libro *Ráfagas*:

¿Adonde voy? No sé... sólo me resta,
hendiendo espacios, para mí sombríos,
cual solitaria ráfaga perdida,
cruzar la tierra en invisible giro.

¡Y emprendo ya mi senda de amargura,
y el dolor, siempre fiel, está conmigo;
que del dolor los vientos me arrebatan
y está el dolor donde mi planta fijo!

Un día, su compañera inseparable, la ardiente poetisa Concepción de Estevarena, desamparada, por brutal despojo de la muerte, partió a tierras remotos en busca del techo hospitalario y del pan que le ofrecían unos parientes lejanos. Algo del corazón de Mercedes partió también con la gentil cantora. La despedida fue eterna. Concepción de Estavarena, todo calor, todo entusiasmo, murió luego, privada de la visión del cielo de Sevilla, herida por los fríos del Norte, consumida entre las nieves perpetuas. Entonces escribió Mercedes estos versos, que recordaban la comunión de sus corazones:

Inmenso afán tu corazón sentía
y el mismo afán mi pecho alimentaba;
la misma juventud nos sonreía
y un sentimiento igual nos acercaba.

Me mirabas no más, y eran tus ojos
abierto libro, donde yo leía
tus luchas, tus enojos;
y tú, a través de mi aparente calma,
descifrabas también, con noble intento,
los eternos combates de mi alma,
las dudas de un rebelde pensamiento.

En el regazo de su madre, entre los brazos del autor de sus días y en el cariño de sus hermanos, buscó, sin lograrlo, un lenitivo para sus tristezas. La amistad, peregrina en el mundo, pasa por muchos corazones, pero se detiene en muy pocos: en el de la poetisa halló su asiento.

Dios la reservaba para mayores pruebas. Al declinar de una tarde del mes de Junio -una de esas tardes en que Sevilla es fuego en el cielo, aroma en el ambiente y en la tierra flores-, salió de su casa de la calle de Manteros, acompañada de su padre, con el intento de recrear y esparcir su ánimo por los alegres jardines de la Puerta de Jerez. Apoyada en el brazo del anciano, o más bien, apoyado éste en el de su hija, Mercedes sintió como un estremecimiento, algo que fuertemente tiraba de ella, y vio con espanto caer sobre el pavimento duro el cuerpo de su padre, atacado de súbita y mortal dolencia. «Yo también - escribía José de Velilla- me he arrodillado ante el cadáver del que me diera el ser, que expiró súbitamente como herido del rayo, fuera de su hogar, amparado en hospitalaria morada, en los brazos de mi buena hermana Mercedes. ¡Pobre niña que se vio sola con su padre muerto!»

Los muros de la casa oscilaban... El hogar se hundía. De entonces la niña fue mujer.

...que del dolor los vientos me arrebatan,
¡y está el dolor donde mi planta fijo!

La Providencia le deparaba una tarea hermosa: cuidar de su madre y de sus hermanos, y detener la caída de aquellos muros, testigos de la honradez más acendrada.

La ley providencial de la vida le privó luego de los besos y de la presencia terrenal de su madre. Para las almas grandes se hicieron los grandes dolores. Y los sufrió con resignación cristiana.

Aún le quedaba en el mundo un sostén; aún podía recorrer la vía dolorosa, apoyada en un brazo compasivo. Su hermano no la abandonó. La fraternidad no es una palabra vana. La compenetración de las almas no es un mito.

Después de Dios y de sus padres, su hermano queridísimo. Fue su maestro y su compañero. Háblele enseñado a deletrear y leer, no en la antiestética cartilla ni en el frío silabario, sino en el Romancero Español y en las obras dramáticas de los clásicos. Por él fueron sus amigos Lope, Calderón y Tirso, Zorrilla, Arolas y Espronceda. Con él tuvo su primera confesión poética, comunicándole los versos que, a escondidas borrajó su pluma. Escribía en su mismo bufete; entre montones de pleitos, resmas de un papel duro como el hielo, arrugado como cosa tocada de la vejez, deslucido por las huellas de muchas manos y los borrones de muchas tintas, sobre el cual, como en pavés, se levantaban la codicia, la usura, la mala fe, la sin razón, pocas veces la honra y la justicia que demandan su derecho... ¡Singular contraste! ¡La prosa de la vida, que nos sujeta a la realidad impura, junto a la exultación del espíritu por la visión de lo absoluto y lo eterno, que nos eleva hasta el mismo Dios!... ¡Qué sabía ella de las miserias humanas! Escribía... escribía en aquella salita atiborrada de legajos e infolios; en el silencio de la noche, perturbado por el ruido del agua que saltaba en la fontecilla del patio... Escribía hasta que sus ojos se cerraban, vencidos del sueño, y de la mano se le caía la pluma. Obrera infatigable del espíritu, cavaba en las tierras sin términos de lo ideal.

Lo amaba y lo respetaba. Lo amaba por bueno y cariñoso. Lo respetaba como al poeta sevillano, lírico de altos vuelos y dramático de generosas audacias. En la ausencia, le escribía estas dulces estrofas:

Oigo el arrullo, cuando el alba asoma,
de la inocente y cándida paloma
que habita en nuestro hogar
y que al huir el sol espera en vano
que luego vayas tú, sobre tu mano
su cuello acariciar.

Ella no sabe que a lejano suelo
te llevó de la gloria el noble anhelo,
de alto renombre en pos:
su blanca pluma suspirando miro,
y el viento que recoge mi suspiro
me repite un adiós.

¿Versos?... ¿Libros?... ¿Sueños?... A cuidar de la hermana enferma, y a alegrar, infundiéndole esperanzas, al hermano, enfermo también, y ¡enfermó del corazón!

«Sufrido, resignado, sin flaquezas ni temores, José de Velilla esperaba en brazos de su amante esposa el instante supremo en que su espíritu, rota la humana clausura, volaría a las regiones de la verdad eterna. Como el gran poeta alemán, Goethe, «¡luz, luz!», clamaba frecuentemente. Casi exámine, hacíase conducir, al caer de la tarde, a las orillas de nuestro hermoso río, a los extensos campos de Tablada, a los pasajes donde Sevilla muestra el tesoro, de sus gracias, su luz vivísima, su cielo puro, sus fértiles campos y sus risueñas lontananzas. ¡Era que daba su adiós postrero a esta tierra, para él doblemente sagrada: sagrada por ser cuna de santos, mártires y guerreros, sabios y artistas, a quienes cantó en inspiradas estrofas; sagrada, porque en ella, como en relicario precioso, yacen las venerandas cenizas de sus padres!»

Y se hundió el hogar con horroroso estrépito. El poeta sevillano José de Velilla murió el día 24 de agosto de 1904.

¡Está el dolor donde mi planta fijo!

¿La vida de Mercedes a contar de aquella fecha?.. Nuestro gran Bécquer la narraría, como narró la suya, en estas o parecidas palabras: «¿Quieres conocer el camino que recorrí? Mira sobre los abrojos las ensangrentadas huellas de mis plantas...»

Se hundió la casa, y sobre sus ruinas se alzó la pobreza con su lúgubre cortejo de apremios, esquiveces e ingratitudes.

Allá vivía, en Camas, un pueblecito que contempla embelesado la pompa y la gallardía de la soberbia metrópoli; desde donde se oye el regocijado estruendo de las alegres campanas de la Giralda. ¡Quién sabe si a la puesta del sol, fijos los ojos en el horizonte

quebrado por las cien torres y cúpulas de la ciudad opulenta, viéndose pobre y sola; quién sabe si recitaría estos versos, escritos en horas de letal desmayo!

Lira infeliz en que en pasados tiempos
mi esperanza y mi afán canté dichosa,
y halagüeña a mis sienes ofreciste
tal vez del genio la inmortal corona,
adiós, adiós; a mi existencia unida,
sufre también la suerte que me toca.
Adiós por siempre, juventud que huyes,
noble ambición, imágenes hermosas,
que acaso vi, mi frente coronando
con un laurel de inmarcesibles hojas;
esperanzas de un bien, dichas inmensas,
¡ay! tan inmensas como fuisteis cortas,
quedad todas adiós... ¿Y habéis podido,
sin que muriera yo, morir vosotras?

¡Quién sabe si surgiría en su memoria la casita humilde de la calle de Manteros, caldeada por el sol de los alegres días de su infancia! ¡Quién sabe si recordaría cuando con sus dedos infantiles alisaba los hilos de plata que coronaban la cabeza de su madre; y cuando besaba la frente del hombre caballeroso a quien debió la vida; y cuando su compañero desde la cuna, su poeta favorito, le guiaba la mano con que señaló los primeros trazos de las letras; y a la amiga del corazón, rosa espléndida en los jardines de Sevilla, flor de nieve entre los hielos del Norte; y la juventud alegre y soñadora que la cortejaba, ¡da también como espuma el viento; y el libro, y el teatro, y los laureles que se trocaron en espinas!...

Los años y las amarguras la consumieron a marchas aceleradas. Su cuerpo enjuto, achicado, esquelético, más que la visión de un ser material, daba la sensación de un espíritu el través de las reliquias de las cosas que fueron. No obstante, y no para dar testimonio de su vida presente, que se le iba por momentos, sino para revivir en los días pasados, Mercedes volvió a pulsar la lira abandonada y cubierta de fúnebres crespones. De sus labios, que la anemia secó, oímos sus últimos versos tan limpios, tan hermosos como los de su juventud. Del naufragio en que tantas cosas perecieron, una sola se había salvado: su inspiración, su alma nobilísima. Entonces acudieron a nuestra memoria estos versos, que dedicó a la Virgen María, en el Misterio de sus Dolores:

Da fin a tu querella,
no llores más, Señora;
¡que no es digna la tierra pecadora
de que caigan tus lágrimas en ella!

Bajaba a Sevilla, de cuando en cuando, para pasear sus pesares, demandar un favor, estrechar una mano amiga, como la que estas letras escribe, y pedir un pedazo de pan, que ganaría honradamente con su trabajo.

El caso es sabido. Poetas, escritores y políticos; acudieron a la Ciudad, y ésta, siempre generosa, la amparó, encomendándole el estudio de las obras literarias de las escritoras sevillanas. Su corazón se desbordó de gratitud; y con mano trémula escribió una da, sus más sentidas poesías, con que cerró el libro de su existencia. Escuchémosla de rodillas, como quien oye una voz de ultratumba:

Si al pesar mi último día
durmiese mi polvo humano
en la tierra extraña y fría
del cementerio aldeano,
lejos de la tierra mía,

hermanos, ved lo que os pido:
no me dejéis siempre sola
en mi sepulcro escondido,
porque me espanta la ola
quieta y mansa del olvido.

Me espanta que a mi alrededor,
entre sepulturas huecas,
brame el viento mugidor,
y cubran las hojas secas
mi tumba sin una flor.

Murió como vivió. ¡Siempre humilde! ¡Siempre modesta! ¡Siempre dolorosa! Pero no le faltó en sus últimos momentos un rescoldo de las brasas de su hogar: el cariño de la hermana que le cerró los ojos, y el afecto de los amigos que la acompañaron hasta su última morada.

Sevilla, que no la abandonó, recoge el pie de su tumba sus últimas flores -¡flores del corazón y del pensamiento!- y las exhibe en este libro, como en búcaro gentil, para deleite de las almas privilegiadas.

Luis Montoto.

Poesías

Pensamiento

Como labra el artista inteligente,
del tosco barro, caprichosas flores,
ánfora o busto, que el salón luciente
adornarán después con sus primores;

Así labra también la inteligencia

la ilustración, cuando su luz reparte,
y forma al sabio para honrar la Ciencia,
y forma al genio para honrar al Arte.

«Si buscáis de mi mente las creaciones...»

Si buscáis de mi mente las creaciones
ya no hallaréis sus rimas ni sus galas;
¡ya duermen en el arpa mis canciones,
del genio del dolor bajo las alas!

Más si buscáis un alma dolorida
que, amiga de los tristes, generosa,
pueda ofrecer su lágrima piadosa
a la pena que enluta vuestra vida,

Venid; que si mis cantos se extinguieron
del arpa muda entre las cuerdas rotas,
en lágrimas después se convirtieron:
lágrimas os daré... con esas notas
siempre las almas tristes se entendieron.

«¿No lo sabéis quizás? Yo sé la historia...»

¿No lo sabéis quizás? Yo sé la historia.
El ángel, que velaba
Sus purísimos sueños, no ignoraba
que la niña soñaba con la gloria.

Y él, que amaba sus gracias virginales,
pidió al Señor la cándida criatura;
y le dijo el Señor: aquí en la altura
celebrad vuestras bodas celestiales.

Cumplió el ángel su anhelo;
desató el lazo de la humana vida,
y llevando a su dulce prometida
en sus brazos, dormida,
como lleva una madre al pequeñuelo,
al celestial edén tendió su vuelo.

«Nació una flor al pie de unas ruinas...»

Nació una flor al pie de unas ruinas

donde no la vio nadie:
el sol no más, desde su eterna altura,
supo que aquella flor vivió una tarde.

Así fue mi destino; vegetando
en la aridez de amargas soledades,
oculta en su dolor, vive mi alma.
¡Dios sólo de ella sabe!

¡Quién sabe!

Siempre escuché, con anhelo,
y yo siempre lo creí,
que los que se aman aquí
se aman también en el cielo.

Más yo, que perdí mi fe
luchando con lo inconstante,
al ver una estrella errante
de extraño modo pensé.

Quizás, en el cielo mismo,
la inconstancia no se borre,
y es cada estrella que corre
un amor que va al abismo.

La vida

Primero la niñez dulce y serena,
sin inquietud ni pena,
resbalando entre juegos y sonrisas:
¡puro y naciente albor, fresco capullo,
indescifrable arrullo
de hojas y ramas, pájaros y brisas!

*

Feliz después, la juventud despierta,
como la flor abierta,
y perfuma el amor los corazones:
¡ardiente claridad, fijo deseo;
misterioso aleteo
de sueños, de esperanzas, de ilusiones!

*

Luego, la ancianidad, triste y sombría,
como nublado día,
entre recuerdos al sepulcro marcha;

¡sombra crepuscular, seco ramaje,
tristísimo paraje
de olvido y muerte, lobreguez y escarcha!

La vuelta al cielo

Contemplando a las niñas en la cuna
el ángel de la guarda así decía:
«¡Cuán bellas son! su mísera fortuna
a la región del llanto las envía!»

Unidas duermen, cándidos jazmines,
tiernos pichones, en el blando nido;
hermosos querubines
sonando con la gloria que han perdido.

La maldad, las pasiones, los placeres
del mundo mentiroso,
¿qué no harán contra débiles mujeres
para turbar su dicha y su reposo?

Acaso la miseria las azote
al borde de espantoso precipicio
acaso saquen la virtud a flote,
rindiendo el corazón al sacrificio.

¡Ah! ¿qué nube pasó por vuestro lado
y os arrojó a este suelo,
y en impura materia ha transformado
lo que era luz y espíritu en el cielo?,

Despertando al rumor de estas querellas,
las niñas sonreían
viendo al divino guarda junto a ellas,
y sus brazos de rosa le tendían.

Las besa el ángel en amor deshecho,
las envuelve en su blanca vestidura,
y, llevando a las dos contra su pecho,
torna gozoso a la celeste altura.

¡Padres, calmad vuestro dolor profundo!
¡Dichosa la inocencia
que sin saber que pasa por el mundo
vuelve a gozar del ángel la existencia!

Puesta de sol

Brillante sol que hacia el Ocaso ruedas,
¡ay! no te mire aparecer mañana,
si no ha de ver aparecer contigo
mi pobre corazón una esperanza.

Cubren tu frente en púrpura teñidas
las nubes a tu rayo sonrosadas,
en ese cielo azul, como los ojos
que con sus rayos al mirar me matan.

Guarda ya de tu lumbre los fulgores;
que está para tu luz ciega mi alma,
porque el radiante sol que a mí me alumbra
es la radiante luz de una mirada.

Y sí apareces tú dando amoroso
a los seres calor, vida a las plantas,
vida, calor, consuelo y alegría,
si aparece mi sol, en mí derrama.

Mas así como tú dejas al irte
los seres sin calor, las flores lacias,
así también mi sol, cuando se aleja,
¡ay! me deja sin vida y desolada.

(Sonetos íntimos)

Ante unas cartas

No ajadas por el tiempo, como el día
en que amor o doblez os escribieron,
os mostráis a mis ojos, que tuvieron
en vosotras su luz y su alegría.

Olvido injusto y esquivez impía
mi pobre corazón rasgar pudieron;
pero yo no os rasgué, que os defendieron
mi fiel cariño y la constancia mía.

Aún guardáis, como restos de ventura,
¡hojas en que mi amor logró su palma!
promesas y palabras de dulzura.

Y diréis siempre a mi dolor sin calma
que en un frágil papel subsiste y dura
lo que tan pronto se borró de un alma.

«Sueño: ¿por qué si ahuyentas mis dolores...»

Sueño: ¿por qué si ahuyentas mis dolores
hora no acudes al acento mío?
Ven, que tú calmas mi dolor impío;
ven, no te muestres sordo a mis clamores.

Ven, que escucho fatídicos rumores
entre el silencio aterrador, sombrío;
ven, que en tus brazos contemplar ansío
al ángel celestial de mis amores.

¡Cuánto le adora el alma dolorida!
Más su fiero desdén me da la muerte;
que yo no quiero sin su amor la vida.

¡Ay! si consigo la dichosa suerte
de contemplarlo, cuando esté dormida,
¡déjame, sueño, que jamás despierte!

«Ni en la alta cumbre por el sol luciente...»

Ni en la alta cumbre por el sol luciente,
ni en el valle de flores matizado,
ni en el pico de nieves coronado,
ni sobre el cráter del volcán ardiente,

Ni en la ciudad de bulliciosa gente,
ni en el desierto estéril y abrasado,
ni en el mar anchuroso que he cruzado,
ni en el templo en que Dios está presente;

En parte alguna donde el ansia loca
me lleva de olvidarte, lo consigo,
y de Dante el poema mi alma evoca;

pues como aquellos que en atroz

castigo marchan cargados con la enorme roca,
yo tu recuerdo llevaré conmigo.

«Es mi afán tan inmenso por mirarte...»

Es mi afán tan inmenso por mirarte,
que el alma entera por mirarte diera;
más si doy por mirarte el alma entera,
me quedaré sin alma para amarte.

Quisiera aborrecerte y olvidarte;
no conocerte, por mi bien quisiera;
Pues he perdido mi ilusión primera,
y de dolor mi corazón se parte.

Era tu amor el sol que me alumbraba,
y ese sol ocultó nube sombría
que horrorosa tormenta presagiaba.

Por ti no encuentro calma ni alegría,
por ti suspiro si la noche acaba,
y por ti lloro si se aleja el día.

«No puedo más: mi corazón se parte...»

No puedo más: mi corazón se parte
de sus dolores al impulso fiero;
que llegue un día en que te olvide espero,
y no tengo valor para olvidarte.

Que fue en la tierra mi destino amarte
con fiel cariño, con amor sincero,
y siempre te amaré, que en vano quiero
¡ay! ni pensar en ti, ni recordarte.

Calma el dolor de un alma que te adora,
que no vio en su camino más que abrojos
y en un mar de pesares vive ahora.

Y no tienen consuelo mis enojos;
sed de tu amor mi corazón devora,
y sólo bebe el llanto de mis ojos.

«Una flor de azahar me diste un día...»

Una flor de azahar me diste un día,
que ya perdió su aroma y su hermosura:
para siempre murió cual mi ventura;
marchita está cual la esperanza mía.

Sobre su cáliz lágrimas vertía,
lágrimas de dolor y de amargura:
vertí llanto de fuego en mi locura,
y mi llanto tal vez la abrasaría.

Y al recordar que un tiempo ya perdido
bella y lozana embalsamó el ambiente,
mi pobre corazón lanza un gemido.

¡Ay! lo recuerda con pesar mi mente:
también un tiempo venturosa he sido,
y el desengaño marchitó mi frente.

«Tú eres altar de mi cariño santo...»

Tú eres altar de mi cariño santo;
tú el solo bien de la existencia mía;
tú eres el astro que su luz me envía;
tu quien inspira mi amoroso canto.

Tú eres del alma misterioso encanto;
tú eres del corazón dulce alegría;
tú eres la estrella que mis pasos guía;
tú eres consuelo de mi atroz quebranto.

Tú eres la gloria donde nunca llego;
tú eres el mar do naufragó mi calma;
tú eres el rayo que encendió mi fuego,

Tú quien me diste del sufrir la palma;
tú a quien adoro, y si el amor es ciego,
tú eres la sola luz que ve mi alma.

«Abrí mi corazón, de amar ansiosa...»

Abrí mi corazón, de amar ansiosa,
a una ilusión, como al nacer el día,
recogiendo las perlas que le envía,
abre su cáliz la purpúrea rosa.

Sobre mi corazón vertió amorosa
mi mágica ilusión luz y alegría,
y de esa luz al resplandor veía
resbalar mi existencia venturosa.

Más la rosa que al alba sonriente
abre su cáliz de frescura lleno,
del sol la abrasa luego el rayo ardiente.

Mi corazón, que de temor ajeno
a una ilusión abrí, luego inclemente
del desengaño lo abrasó el veneno.

«Cuando el ángel sombrío de la muerte...»

Cuando el ángel sombrío de la muerte
toque mi corazón con mano helada,
el dulce resplandor de tu mirada,
vertiendo sobre mi, quisiera verte.

Quien sólo supo, por su mal, quererte,
no en su pecho tu imagen adorada,
ni en su memoria tu memoria amada,
podrá tener cuando repose inerte.

Que libre entonces de su cárcel dura,
tal vez, tal vez el alma volaría
a un ignorado cielo de ventura.

Y abandonara el cielo el alma mía;
que por vivir mirando tu hermosura,
otra vez a la tierra volvería.

«Mírame tú; que si dolor impío...»

Mírame tú; que si dolor impío
rasga mi corazón con mano dura,
como el rayo de sol la niebla oscura,
disipa tu mirada el dolor mío.

Mírame tú, porque la muerte ansío
cuando alcanzar no puedo esa ventura:
si no me alumbra el sol de tu hermosura,
mi vida es un desierto muy sombrío.

Mírame tú; que son de mis enojos
tus miradas dulcísimos consuelo,
flores que nacen donde miro abrojos.

Mírame tú; que en mi amoroso anhelo,
viendo la luz de tus azules ojos,
pienso mirar el resplandor del cielo.

Los Reyes Magos

Llegad, Reyes del Oriente;
la estrella que os va guiando
ya de Belén en la gruta
fija sus destellos claros;
y cuando llenos de gozo
adoréis al niño santo,
seguid por nuevos caminos,
cruzaed ligeros los campos,
y atravesad las ciudades
donde os están esperando
los pequeñuelos: dormidos,
con la sonrisa en los labios,
parece que están diciendo:
¿qué traerán los Reyes Magos?

Los adurmió la esperanza,
y en el sueño, dulce y grato,
ven agrandarse, agrandarse,
las figurillas de barro
que estaban quietas y fijas
del Nacimiento en lo alto;
y por las calles oscuras
pasáis en bullicio extraño,
en ricos mantos envueltos,
sobre los caballos blancos
y en los cestos primorosos,
que en las ventanas colgaron,
dejáis los lindos juguetes
y confites delicados,
y al toque de las trompetas,
y al trote de los caballos,
cual fantasmas de la noche
vais pasando, vais pasando.

.....
Ya pasasteis, ya pasasteis;

¡también los tiempos pasaron!
En las sendas de la vida
atrás os fuimos dejando,
y a otros reyes ofrecimos
el corazón por esclavo:
al oro, que es rey del mundo;
al amor, que es rey tirano;
al éxito, que envanece
con su pasajero aplauso;
y cuando en alas del tiempo
también se van alejando
y en el borde del camino
tristes y solos quedamos,
¡ah! cómo entonces volvemos
los ojos a lo pasado,
buscando vuestros contornos
en el imborrable cuadro
de aquella edad venturosa
que os esperaba soñando.

Porque fuisteis la inocencia
de nuestros primeros años;
porque fuisteis la caricia
de aquella bendita man
que os colocó, cuidadosa,
del Nacimiento en lo alto,
y en el cestillo de mimbres
colocó vuestro agasajo.
¡Ah! si venís todavía
como en los tiempos lejanos,
para ser de los pequeños
el regocijo y encanto,
dejad también a los grandes
de vuestros presentes algo;
dejad también a los tristes,
para el corazón, un bálsamo,
algún consuelo en el alma
y una oración en los labios;
y al dormiros, dulces sueños
de la infancia recordando,
tal vez una blanca sombra
nos tienda amorosos brazos,
diciéndonos, como entonces:
¡ya vienen los Reyes Magos!

En la altura

Logré al fin con esfuerzo sobrehumano
a la cumbre subir de esta montaña:
muestranse abajo, en pequeñez extraña,
el bosque espeso, la colina, el llano.

Con cendales de púrpura engalano
mi frente altiva que en la luz se baña;
la estrella de la tarde me acompaña,
y el sol declina cerca de mi mano.

Y por subir aún más lucho y porfío:
que es la más alta luminosa cumbre
la que en mis sueños escalar ansío:

En donde el sol del genio me deslumbre,
y de él recoja el pensamiento mío
siquiera, un rayo que al morir me alumbre.

Náufrago...

Así van esperanzas e ilusiones
de nuestra breve vida
en el inquieto mar de las pasiones,
cual nave de agua y cielo combatida.

Náufrago... ¿Adonde iré? No hay alta roca,
ni a lo lejos la playa amarillea;
la angustia me sofoca,
el rayo, entre las nubes, serpentea,
el viento brama y crece la marea.

Cuanto quise y amé, cuanto he creído,
despojos son, cuyo recuerdo abruma,
que arrastra y rompe la revuelta espuma
de mares de dolor y no de olvido.
¡Ay! ¡qué lejano el puerto,
qué ruda la borrasca, el fin qué cierto!

A la poesía

Augusta musa, divinal poesía;
si te ensalzaron liras inmortales
y tú mereces cantos celestiales,
¿cómo mi humilde voz te cantaríá?

Yo adoro tu dulzura y tu armonía,
la luz de tus divinos ideales,
y amo el fuego que guardan tus vestales,
llama del genio que a la gloria guía.

Mas si piadosa tú, cuanto eres bella,
también aceptas los humildes dones,
yo seguiré tu luminosa huella.

Toma mi lira de apagados sonos,
y a un beso tuyo brotarán en ella
inspiradas, dulcísimas canciones.

Madre y fiera

I

A su ley te rindió Naturaleza,
de la pasión irresistible al grito,
y huyes del mundo, juez de tu delito,
a ocultar tu desdicha y tu flaqueza.

Un inocente que a vivir empieza,
sin nombre, sin hogar, quizás maldito,
yerto y temblando, cual jazmín marchito,
sobre tu pecho inclina su cabeza.

Reanímale al calor de tus abrazos;
que si es acusador de tu caída,
tu alma sujeta con amantes lazos;
y en tu misión augusta, ennoblecida,
sufriendo por su amor, desde sus brazos
puedes volver al mundo redimida.

II

De la Virtud y del deber el ruego
halló tu corazón débil y frío;
más de liviano amor el desvarío
le encontró, por tu mal, esclavo ciego.

Y recibes con ira y con despego
al débil ser que acusa tu extravío,
y lo desprendes de tu pecho impío,
y al ignorado azar lo arrojas luego.

Para olvidar cuanto el honor merece
invocaste ese amor, y hoy no te grita
que es vida de tu vida el que perece.

La clemencia de Dios, aunque infinita,

ante culpa tan vil desaparece:
para ti no hay perdón, estás maldita.

Un libro

Tejieron en tu honor, hermano mío,
consagrados afectos bienhechores,
esta corona de admirables flores,
para librarlas de abandono impío.

Les dio tu numen mágico atavío;
tu sentimiento, aromas y colores;
el hondo manantial de mis dolores
les dará de mis lágrimas recio.

Esta ofrenda el cariño te destina:
el libro en que tu espíritu se siente
que tu genio altísimo ilumina.

Si, en larga noche, mi pensar doliente
sobre sus hojas mi cabeza inclina,
tu alma querida besaré mi frente.

Safo

Una mujer, como visión o hada,
en la roca de Léucades se agita;
retrátase en su faz pena infinita,
la desesperación en su mirada.

Es Safo, la poetisa enamorada
que el arpa hierde con doliente cuita,
y en su última canción llora y palpita
la pasión infeliz y desdeñada.

Tú fuiste, oh mar, de su dolor testigo,
y en tu seno aquel cuerpo recibiste,
que al sacro numen y al amor dio abrigo.

Así, en tu inmensidad tumba le diste;
en tus amargas olas, llanto amigo,
y en tu eterno rumor, funeral triste.

«Ofrenda de infortunios y dolores...»

Ofrenda de infortunios y dolores
el destino dejó sobre mi cuna:
no me brindó sus dones la fortuna,
y el amor me dio espinas, nunca flores.

Me hirió la ingratitud de los traidores,
a los que el alma abrí, sin sombra alguna;
vi prendas adoradas, una a una,
sucumbir de la muerte a los fulgores.

Ya nada a mi alrededor en pie subsiste,
y vivo como el árbol sin ramaje
que carcomido y solitario existe.

Y al fin, cayendo en lúgubre paraje,
mis pobres restos, en olvido triste,
descansarán de su fatal viaje.

Primavera

Huye el invierno: a tu sonrisa pura
nacen las mariposas y las flores;
los pájaros, tus dulces trovadores,
celebran en la fronda tu hermosura.

Los campos con su verde vestidura
del labrador compensan los sudores,
y en tus brillantes galas, sus amores,
sus glorias, simboliza la criatura.

Desde el átomo al ser tu influjo alcanza,
y a tus dones la tierra, agradecida,
himnos de amor a los espacios lanza.

Nos dejas, por consuelo, en la partida,
y en señal de retorno, la esperanza,
¡supremo bien de la afanosa vida!

¡Paz, Año Nuevo!

Ven, Año Nuevo, y sobre Europa ondea
la blanca enseña de la paz bendita:
del fiero encono, que a la lucha excita,
no más el mundo los horrores vea.

Caiga extinguida la incendiaria tea
que alza soberbia la ambición maldita,
y únanse pueblos, que el rencor agita,
con lazo fraternal que eterno sea.

Gime la tierra de la sangre al riego
bajo el tronante vendaval de fuego
que extermina a los míseros humanos.

Ven, y recuerda al hombre empedernido
la palabra de Dios, que está en olvido;
su palabra de amor: «Todos hermanos».

A la memoria de mi hermano

Como la amante yedra al muro asida,
como dos aves juntas en su vuelo,
como lago tranquilo copia el cielo,
mi vida fue reflejo de tu vida.

¿Y has podido partir, alma querida,
dejando sola, en infecundo suelo,
la pobre yedra, que en su amargo duelo,
no será por tus brazos sostenida?

¡Ya el muro de mi hogar se ha derrumbado;
ya consiguió la muerte su victoria;
pero es más grande la que tú has logrado:

Que de la muerte triunfa tu memoria,
y es algo de tu ser, que me has dejado,
el destello bendito de tu gloria!

Gustavo Adolfo

En la margen del Betis murmurante,
donde expira, entre flores, la onda inquieta,
en monumento digno del poeta,
su hermosa estatua se alzaré triunfante.

El sol le ofrecerá nimbo radiante;
sus perfumes, la rosa y la violeta;
la aurora, el beso de su luz discreta;
el crepúsculo, brisa refrescante.

Traerá la noche espíritus y hadas,
visiones de Leyendas peregrinas
que poblarán las verdes enramadas.

La alondra y las oscuras golondrinas
cantarán, al lucir las alboradas,
las Rimas inmortales y divinas.

A la memoria de la Srta. María Montoto de Sedas
Era ayer juventud llena de encanto,
hermosura, bondad, inteligencia;
hoy, polvo nada más, que la conciencia
contempla muda en angustioso espanto.

Trueca el destino en fúnebre quebranto
el caro bien cifrado en su existencia,
y ojos que hallaban luz en su presencia
ciega la obscuridad y abrasa el llanto.

Pasó por esta tierra de tristura
breve mañana, como flor preciosa,
cual paloma sin mancha en su blancura.

En su eternal ausencia dolorosa,
deja de su recuerdo la dulzura,
de su virtud la estela luminosa.

A la Giralda

A tu sombra nací, Giralda mía,
y con el aire que te besa aliento;
de su arte soñador te hizo portento
la árabe raza triunfadora un día.

De la reina gentil de Andalucía
eres la maravilla y ornamento,
y te elevas gallarda al firmamento,
y esplendes a la luz que el sol te envía.

Yérquete siempre en mi nativo suelo,
y, al mágico vibrar de tus campanas,
olvide mi ciudad tristeza o duelo.

De alzarle entre los ángeles te ufanas;
que a tu vértice tienes los del cielo,
y al pie las hechiceras sevillanas.

Cantares

La soledad voy buscando,
y yo no puedo encontrarla:
en mi soledad más grande
siempre el dolor me acompaña.

Con la risa de mis labios
voy ocultando mis penas;
porque he visto que en el mundo
nadie al que sufre se acerca.

Mi nombre escribí en la arena,
y lo borraron las olas:
¿serán de arena las almas
donde el cariño se borra?

Voy andando, voy andando,
y atrás los ojos volviendo;
que no he de volver a hallarme
lo que en el camino dejo.

Dicen que la vida es sueño,
y todos quieren soñar:
sueño yo cosas tan tristes,
que quisiera despertar.

Mis pensamientos son nubes,
y mi corazón es hielo;
mis penas son tempestades,
por que es mi vida el invierno.

Yo no quisiera cantar,
y llorar tampoco quiero,
y el que no canta ni llora
es que vive como muerto.

¡Aquí escribió juramentos
y promesas escribió!
¡Lo que conserva un papel
se borra de un corazón!

Por no perder la costumbre
voy a escribir una copla;
que una copla es la compañía
del alma que vive sola.

En el mar de la esperanza
eché la red del cariño,
y la saqué cargadita
de desengaños y olvido.

Ya no cantaré más coplas,
si no las quieres oír;
que es razón que mis penitas
queden sólo para mí.

Postales

En donde luce el sol de Andalucía
no asustan del invierno los rigores:
el cielo es siempre azul, templado el día,
y siempre canta el ave y nacen flores.
¡Tierra es de bendición la tierra mía!

¡Qué triste es el invierno de la vida!
Como los campos en su muda calma,
como el árbol sin hojas, aterida,
en los recuerdos se refugia el alma;
que ellos dan su calor a quien no olvida.

En las serenas aguas, la barquilla
se mece con placer; no siempre al puerto
arribará la débil navecilla...
No siempre arriba el corazón desierto
de un dulce amor a la soñada orilla.

«Soy ave solitaria que canto en las ruinas...»

Soy ave solitaria que canto en las ruinas;
los vientos me acompañan con lúgubre rumor;
me envuelven en sus velos las húmedas neblinas;
la sombra es mi refugio, mi atmósfera el dolor.

Ya la tarjeta en el hogar se anhela,
pues lleva la expresión de un sentimiento;
un beso del amor que ausente vela;

de la amistad recuerdo que consuela;
del poeta inspirado un pensamiento.

La hermosa juventud todo lo encanta;
es murmurio de fuente cristalina,
flor que perfuma, pájaro que canta,
beso acariciador, sol que ilumina.

¡Belleza y juventud! hermosos dones
que a la mujer da el cielo,
y pueden conquistar los corazones,
mas no siempre la dicha en este suelo.

«El amor, ya sumiso, ya inhumano...»
El amor, ya sumiso, ya inhumano,
a caprichosas leyes se somete:
si es la mujer coqueta, es su juguete;
si tiene corazón, es su tirano.

La mujer y la flor son dos hermanas,
por la belleza y la desgracia unidas,
que suelen dar su aroma y dar sus vidas
a ingrato corazón o auras livianas.

¡Santa inocencia, aurora de la vida!
Al despertar la niña sonriente,
su risa alegre, como el sol naciente,
el dulce hogar donde el amor anida.

Entre naranjos y entre palmeras
las sevillanas cruzan ligeras,
la onda de encaje sobre la sien;
y con el aire de sus andares
se van cayendo los azahares,
formando alfombra para sus pies.

«Esa catedral grandiosa...»
Esa catedral grandiosa,
que es del mundo admiración,
desde hoy será más famosa:
guarda triste, aunque orgullosa,
las cenizas de Colón.

Si yo fuera una flor bella,
te diere aroma suave;
mi canto, si fuera un ave;
mi luz, si fuere una estrella;
mas solo te puedo dar,
de lo que conmigo existe,
un pensamiento muy triste
y un nombre que han de olvidar.

Tiene muy tristes colores
la flor de mi pensamiento:
no te lleva la alegría,
sólo te lleva un recuerdo.

«¡Qué malo es el mundo...»
¡Qué malo es el mundo,
qué triste es la vida
para aquellas almas que van por la tierra,
solitas... solitas...!

Si adonde fuera mi nombre
fuera la felicidad,
¡qué contenta me pondría
cuando firmo una postal!

Es una madre el ángel amoroso
que cuida con desvelo nuestra infancia:
si lloramos, el ángel del consuelo;
si dormimos, el ángel de la guarda.

¡Recuerdos de mi infancia venturosa!
Yo también me dormía
con besos de mi madre cariñosa...
¡Oh dulce sombra de la madre mía!
Acoge el pensamiento que te envió:
en sus hojas oscuras,
encontrarás mi llanto, cual rocío;
la huella de mis hondas amarguras;
algo que vive entre las muertas glorias;
mi amistad, siempre fiel y sin desvío;
de nuestra edad feliz dulces memorias,
y el grato aroma del recuerdo mío.

En la triste aridez del alma mía,
sólo brotan las flores del recuerdo:

por cada bien que pierdo
nace una flor obscura cada día.

Entre ellas, una ostenta más preciada
sus pétalos lucientes:
es la de mi amistad, nunca olvidada,
la que guarda su aroma a los ausentes.

En mi vida de dolor,
en la que todo lo pierdo,
sólo me queda una flor:
la triste flor del recuerdo,
que yo cuido con amor.

Mi llanto le da rocío,
mi constancia lozanía;
y esa es la flor que te envío
cual prenda del alma mía
que a tus cuidados confío.

No hay ninguna que le iguale,
y pregunta el extranjero
si es la feria de Sevilla,
o si es la feria del cielo.

Primavera de la vida,
risas, juego, sol y flores;
luego el invierno sombrío,
árbol seco, triste noche.

Carta a un amigo

No sé qué pensará mi antiguo amigo
al ver que en tanto tiempo, atrás dejado,
con mi largo silencio el suyo oblijo.

Perezas del espíritu cansado,
envuelto en los afanes del presente,
perdido en los recuerdos del pasado;
contemplación eterna de mi mente,
ansia de soledad muda y completa,
somnia de alma indiferente:

he aquí lo que me oculta y me sujeta
a no escribir de mi noticia alguna
al buen amigo y al genial poeta.

¿Qué pensará de mí, si es que importuna
a algún humano ser recuerdo mío
o interés de mi vida y mi fortuna?

¿Pensará que gozosa me confío

del mundo a los placeres y al encanto,
y en dulces glorias, sin cesar, me engrío,
o pensaré, pues mi silencio es tanto,
que losa sepulcral mis labios cierra
en oculto rincón del campo santo?

No, amigo; que aún estoy sobre la tierra,
vegetando, es verdad, con vida oscura,
que en reducido círculo me encierra;
y alguna vez, con eco de dulzura,
de la antigua amistad recuerdo grato
mi muerta vida reanimar procura.

Quizás mi afecto, sin querer, fue ingrato...
Que mucho, al fin, que ingratitud aprenda,
¡si a tanto precio conocí su trato!

Ella, surgiendo en mi dichosa senda,
del alma holló la fe y el sentimiento.
¡Horrible y desigual fue la contienda!

Que mientras tuvo el corazón aliento,
luchó con la traición y la falsía;
mas la hoja seca, si la arrastra el viento,
¿podrá más que la fuerza que la guía
y en raudos, polvoriento remolino,
al hondo abismo sin piedad la envía?

Así en sus iras, me arrastró el destino;
de ajena voluntad fuerza implacable
me arrojó, ciega, en árido camino.

Y vencido en la lucha formidable
mi cariño infeliz, sin esperanza,
desolado quedó, pero inmutable.

¡Triste cariño que por premio alcanza
la risa del desdén, sarcasmo fiero,
y el negro olvido que al dolor me lanza!

¡Cuánto se engaña el corazón sincero
que, a cambio de su amor, lograr espera
otro amor inefable y verdadero:

que es la mujer, en su infeliz carrera,
flor delicada para amar nacida,
tronchada pronto en la borrasca fiera!

Mi juventud, por la desgracia herida,
huyó fugaz, sin galardón ni gloria,
dejando un cuerpo con inútil vida;

dejando un alma con tenaz memoria,
que en las páginas rotas del pasado
reanuda siempre de su amor la historia.

¡Demencia del cariño desdichado
que de mi pecho en la prisión sombría
sueña, muriendo, con el bien no hallado!

No, no pude olvidar: la pasión mía
hollada pudo ser, mas ni un momento
del ser que la impulsó renegaría;

y en el loco pensar, que es mi tormento,
quisiera que él la hallase en su presencia
cual sombra de su propio pensamiento,
como el aire vital de su existencia,
cual árbitro fatal de su destino,
cual eco acusador de su conciencia...

Y en cambio, ya lo sé, ya lo imagino,
no hará mi imagen, resignada y triste,
la más pequeña sombra en su camino.

...Perdona, amigo, si en mi labio viste
la queja del dolor que me asesina;
pues amistad sincera me ofreciste

y a ella, en su soledad, mi alma se inclina,
como a la luz que brilla en el santuario
el viajero perdido se encamina.

Yo llegaré hasta el fin de mi calvario
con mi pesada cruz, cruz del olvido,
que el corazón arrastra solitario.

Del cariño más fiel el premio ha sido,
y aunque agobio mi ser, miraba en ella
lo que restaba de mi amor perdido:

dulce recuerdo que mi vida sella;
que aunque tan breve fue mi amada gloria,
me consuela el pensar que existió ella.

Si acaso quieres escribir la historia
de amor tan infeliz y tan constante,
serás el guardador de su memoria,
y el trovador amigo que la cante.

Lágrimas

Tiene, así como el cielo su rocío,
su llanto el corazón; lluvia escondida
que al hondo embate del dolor impío
corre de nuestros ojos desprendida.

No sabremos quizá por qué lloramos;
pero si que llorar es nuestra suerte,
y si con llanto el mundo saludamos,
con llanto nos despiden en la muerte.

El suelo del Edén, perdida gloria,
con las primeras lágrimas se quema,
y del pecado en eternal memoria
las hizo Dios de nuestra vida emblema.

Vamos en pos de fúlgida esperanza,
de la ilusión que nos mostró su encanto;
si el triste corazón no las alcanza,
¿qué le resta después? tan sólo el llanto.

Lloramos del destino la inclemencia;
del amor, inquietudes y recelos;
rigores de la muerte, y de la ausencia
miserias, desengaños, desconsuelos.

Que fue el mortal para llorar nacido,
y llora eternamente sus pesares:
el llanto, que en la tierra se ha vertido,
aumentó las corrientes de los mares.

Lágrimas, si, por el dolor creadas,
siempre del hombre compañeras fueron;
del Gólgota en la cima derramadas,
la humanidad culpable redimieron.

Cual la luz de una tarde que declina,
se extingue el bien, si a nuestro paso brota,
y sólo el sufrimiento no termina,
ni el raudal de las lágrimas se agota.

Mudo lenguaje del humano duelo,
no dejarán el mundo en abandono;
su reino desdichado es este suelo,
y el corazón de la mujer su trono.

Mi único amigo

Tengo un amigo: el sólo que me resta
de los que en otro tiempo así llamaba
y ya me arrebataron
el olvido, la muerte o la distancia.

Tierna amistad nos une
desde aquella niñez, ya tan lejana,
que en las manos del tiempo
rotas dejó sus deslumbrantes alas,
por la razón cambiando la inocencia,
la paz del cielo por la lucha humana.

Lo hallé una noche del abril risueño,
de esas de encantos y delicias llenas,
que perfuman los blancos azahares
y alumbran, rutilantes, las estrellas.

Yo sentí penetrar dentro del alma
su mirada serena
que hablarme parecía
de otro mundo más bello que la tierra;

mirada melancólica
que el corazón de su dulzura impregna;
beso de luz suave
que aduerme, que acaricia, que consuela.
¿Qué singular y mágico atractivo
esa mirada encierra?
Yo, en mi niñez, la amaba,
y fue siempre el imán de mi existencia.

Mi amigo desde entonces
me siguió de la vida en los senderos;
él consolaba mi escondida pena,
él me mostró los mundos del ensueño,
los nobles ideales
que el alma elevan del impuro suelo.
En una noche que jamás olvido,
de mi propio dolor como el reflejo,
pálido, triste y mudo
besó la frente de mi padre muerto;
y hoy, de mi amor, que ni la muerte amengua,
piadoso mensajero,
lleva a su tumba flores de mi alma,
flores de la oración y del recuerdo.

No me abandonará: si fiel me sigue,
aquí, en las soledades de la vida,
allá, en las soledades de la muerte
-quizás menos sombrías-,
me seguirá también; y su mirada,
doliente y compasiva,
derramará sobre el sepulcro mío
su claridad bendita,
cual santa ofrenda, cual divino lazo
de unión eterna con su fiel amiga.
¿Queréis saber el nombre misterioso
del ser extraño que mi ser subyuga,
y habla de lo infinito a mi conciencia,
y sostiene mi espíritu en la lucha,
y el cielo muestra a mis cansados ojos
siempre que el bien y la justicia buscan?

Yo su nombre os diré, su claro nombre
que la mano de Dios grabó en la altura;
que es este dulce amigo de mi alma
un rayo de la luna.

Mi primer paso

Al torcer una curva del camino
lo diviso a lo lejos,
con sus casitas blancas cual palomas
y sus floridos huertos;
en derredor de la vetusta torre
desmoronada a trechos,
y que aún se yergue como fiel vigía
que vela por el pueblo.

.....

Con qué emoción tan honda le saludo
y a sus contornos llego:
aquí las horas de mi dulce infancia
con placidez corrieron.
Estas silvestres flores,
que voy pisando en el camino estrecho;
el aire, recargado
de olores del tomillo y del romero;
el rudo campesino, descubriéndose
del Ángelus al toque, cuyo eco
de la torre desciende
lentamente perdiéndose en el viento;
el grupo alegre de garridas mozas,
de las eras volviendo,
cantando alguna copla intencionada
que entiende el mozo apuesto;
las montañas, allá en las lejanías,
sus onduladas líneas extendiendo;
los campos silenciosos,
que el crepúsculo envuelve en sus misterios;
todo me muestra aquí de algo perdido
la imagen cierta que surgió de nuevo;
cuadro en que se renuevan los colores,
forma viva y real de mis recuerdos.

.....

Este es el sitio ameno y delicioso
cuyo apacible encanto
mi madre amada disfrutar solía
las tardes del verano.
Aquí la Fuente-Santa
da al aire quieto su murmurio blando,
y corre de sus aguas rebosantes
el arroyuelo manso,
Su ramaje los árboles enlazan,
frescas grutas formando,
y dan al suelo las campestres flores,

tapiz vistoso de matices varios.
Aquí adoro un recuerdo; en este sitio
 di yo mi primer paso;
aquí me acarició la madre mía
 con regocijo santo.

Tal vez, en el reborde de la fuente
 ella buscó descanso,
para darme la savia de su pecho
y los besos benditos de sus labios,
Quizás buscara, en calurosa tarde,
 la sombra de aquel árbol,
y de sus flor, hermanas de esas flores,
 formó sencillo ramo.

Quizás en ese arroyo cristalino
 ella mojó su mano,
y cogió para mí las piedrecillas
 que yo tiré jugando.

¡Ay, madre de mi alma,
ángel de mi niñez, siempre mi amparo,
 de esta tierra querida
ya mi huella y la tuya se han borrado;
aquí de mi existencia vi la aurora,
y ya en la noche de la vida avanzo.

Aquí pasé de tu regazo amante
a la tierra que aún piso, y tú has dejado;
 aquí amparó mi senda,
la triste senda del dolor humano.

.....
 Adiós, tierra sagrada,
que mi madre pisó; de ti me aparto,
y antes de proseguir la incierta ruta
que ha de llevarme a mis postreros pasos,
 yo tu polvo bendigo
y te dejo mis besos y mi llanto.

A Sevilla

 ¡Sevilla! suelo fecundo
lleno de luz y grandeza,
¿qué diré de tu belleza,
que ya no haya dicho el mundo?
Nunca mi afecto profundo
pudo elevarte canciones;
más hoy que, en otras regiones,
de verte la dicha pierdo,
es para mí tu recuerdo

manantial de inspiraciones.

Miré en ti la luz del día,
tus auras diéronme arrullo,
y te nombro y siento orgullo
de llamarte patria mía.
Hoy, que el afán que me guía
lejos de ti me ha lanzado,
tu recuerdo idolatrado
en mi corazón no muere:
¿cómo, quién así te quiere,
pudiera haberte olvidado?

¿Y cómo te he de olvidar,
si a más de lo que te adoro,
en ti he dejado el tesoro
de mi familia y mi hogar?
¿Cómo no habré de soñar
en tu encanto y tu hermosura,
si tiene en ti mi ternura
cuanto es su bien en la tierra?
¿Cómo no, si en ti se encierra
el templo de mi ventura?

Tu sol de fuego encendió
mi juvenil fantasía;
tú cielo, de su poesía
un átomo en mi vertió;
desde niña en mi brotó
de gloria el afán ardiente:
¿cómo hallarla, si mi mente
vierte confusa su idea?
¡No es fácil que nadie vea
lo que hay detrás de mi frente!

No debí tender el vuelo
lejos de mi dulce nido;
mas ya que así lo han querido
la suerte y mi loco anhelo,
mi alma, en continuo desvelo,
recordándote suspira;
el patrio amor que me inspira
es un amor grande y santo:
¡yo te ofrezco el primer canto
que brota aquí de mi lira!

De tu suelo en el vergel

fecunda vida tuvieron
los que el orbe conmovieron
con la pluma y el pincel.
De su gloria el rayo fiel
siempre iluminarte pudo,
y yo sus nombres saludo
en el libro de la historia:
¡viviendo fueron tu gloria,
y muertos serán tu escudo!

En tu mente no derrama
sus sombras estéril sueño;
que hoy muestras glorioso empeño
en acrecentar tu fama.
El genio su ardiente llama
entre tus hijos reparte,
y luchan por conquistarte
lauros de perpetuo brillo:
¡tú coronaste a Murillo,
y a ti te corona el arte!

Lejos tú de la región
donde hoy con dolor se escucha
el grito de horrible lucha
y el estruendo del cañón,
vigorosa inspiración
su sello en tu frente imprime;
y mientras la guerra esgrime
su espada en sangre teñida,
cumples en paz bendecida
tu misión, que es más sublime.

No con vil desconfianza
te entregues al desaliento,
porque es tan noble tu intento
como justa tu esperanza.
Con fe decidida avanza
por la senda en que caminas,
y tal vez, si es que imaginas
dar siempre tan alto ejemplo,
el porvenir te alce un templo
sobre tus propias ruinas.

¡Patria! A pensar y a sentir
en tu recinto empecé,
yo que en la gloria soñé,
fuí por ella a combatir.

Mi frente no ha de ceñir
el laurel de la victoria;
mas aunque olvide la historia
mi nombre desconocido,
si no merezco tu olvido
¿para qué quiero más gloria?

Plegaria

Vengo a besar el sacro pavimento

Solo está el templo, silencioso y frío:
en su ámbito sombrío
todo es confuso a la primer mirada:
columnas de labrados capiteles,
cual centinelas fieles,
guardar parece la mansión sagrada.

Traspasa por los huecos ojivales,
policromos cristales,
un rayo temblador del sol poniente,
que en los arcos y altares desmayando,
extinguiese besando
del Cristo augusto la divina frente.

De la mano de un ángel suspendida,
la lámpara bruñida
con oscilante luz al Cristo alumbra,
mientras la finge el ánimo medroso
espectro misterioso
de la desierta nave en la penumbra.

Los monjes con sus hábitos oscuros,
pintados en los muros;
los santos en su dulce arrobamiento;
las losas sepulcrales, carcomidas,
sin orden esparcidas
en el viejo y gastado pavimento;

La soledad en que la paz reposa,
al alma religiosa
hablan mejor que el órgano sonoro
y los fulgores que el altar derrama,

reflejando su llama
sobre el rico mantel bordado en oro.

Yo te busco, Señor, en tu Calvario
y en tu Cruz, solitario,
para mostrarte el corazón doliente;
y en tus sagrados pies, que Magdalena
ungió, de piedad llena,
las lágrimas caerán del penitente.

Siguiendo los senderos de la vida,
yo vi mi fe extinguida;
rosas de juventud se marchitaron;
cuanto amé sucumbió; la pena aguda,
la tibieza y la duda
de tus benditas aras me alejaron.

Y hoy vuelvo a Ti mis ojos doloridos,
del llanto enrojecidos,
y el triste corazón desconsolado:
tiende hacia mí, para cerrar su herida,
tu mano bendecida,
y levanta mi espíritu postrado.

Dijiste «No matar», y en odio ciego,
bajo el tronante fuego
de máquinas horrendas que exterminan
y en escombros convierten las ciudades,
entre inicuas maldades,
los hombres, los hermanos se asesinan.

¡Piedad, Señor! Piedad para el planeta
que tu mano sujeta
con riendas de luceros rutilantes.
Lloraremos, Señor, nuestros pecados:
tus brazos enclavados,
abiertos nos esperan siempre amantes.

Y los pobres de espíritu, afligidos,
y los arrepentidos
a ti claman: ¡Señor, misericordia!
Del trágico luchar cese el espanto;
alce tu cetro santo
al reino de la paz y la concordia.

Con tus bondades tu criatura sella:
¿por quién, sino por ella,

bajaste al mundo, Redentor sumiso,
y tu sangre purísima vertiste,
y muriendo le abriste
las puertas del cerrado Paraíso?

No sólo para mi tu gracia imploro;
su celestial tesoro
llegue a todos los míseros mortales:
sobre el haz de la tierra estremecida,
por el hierro oprimida,
pasan rugientes genios infernales.

¿Es Caín el que errante por la tierra
hace surgir la guerra
al salpicar la sangre de sus manos,
o es que del hombre el pecho empedernido
ha puesto en el olvido
tu palabra de amor: «¡Todos hermanos!»

Descansen todos bajo enseña amiga:
que la dorada espiga
dé a todos de su seno el don fecundo;
broten del bien los puros manantiales,
y tienda, libre de tremendos males,
su red de amor y de justicia el mundo.

No entonces en Calvario luctuoso,
sino en Tabor glorioso
tu eterna Majestad se mostraría;
y adorando tus leyes, la criatura,
que formaste a tu hechura,
de nuevo en el Edén renacería.

Carta triste

Querida amiga del alma:

Tu carta llegó a mis manos
esta tarde, y el momento
de contestar no retardo,
agradeciendo el cariño
que me muestras en tus párrafos;
y tomo la torpe pluma
y el papel, de luto orlado,
que cual generoso amigo,
a quien no se acude en vano,
para mis negras ideas

me ofrece su fondo blanco.

De mi silencio al quejarte
justas tus razones hallo;
pero el dolor que me embarga
es tan hondo y pesa tanto,
que no siempre halla camino
para subir a mis labios.
Me pierdo en la pena mía
como en el mar pobre náufrago;
y en el aislamiento lloro,
recuerdo, medito y callo;
y hay voces en mi silencio,
y caricias en mi llanto,
que entienden y que recogen
las almas con que yo hablo.

De la dulce madre mía
pronuncio el nombre adorado,
y en su recuerdo me abismo,
y en mi delirio la llamo,
cuando no han de responderme
yertos y mudos sus labios;
cuando sus ojos dormidos
con sueño profundo y largo,
no verán las soledades
que a mi pecho dan espanto.

¡Ay, mi madre idolatrada,
ay del hogar solitario!
¡Ay del alma que va sola
por la tierra vegetando,
triste huérfana de amores
que llora su desamparo;
que están mis amores muertos
y vivo para llorarlos;
y sueño con otra vida,
con un amor, ignorado
que la muerte no me robe,
ni acabe el olvido ingrato;
sueño en un hogar tranquilo,
del mundo odioso alejado,
donde todas las heridas
cura inagotable bálsamo,
bálsamo de paz y olvido;
que ese hogar tan deseado
es el último que ofrece

al cuerpo reposo grato:
es un humilde sepulcro,
al de mi madre cercano,
que la luna a un tiempo mismo
baña con destello pálido,
y en las tormentas de invierno
alumbra un mismo relámpago.

Perdona, amiga del alma,
si llego a afligir tu ánimo;
mas ¡qué puede dar el triste,
sino de sus penas algo!

Si porque callo te quejas,
y te quejas porque hablo,
culpa sólo a mi destino,
que, riguroso y tirano,
cerrando al alma horizontes,
sepulcros abrió a mi paso,
y al robarme de mi madre
el amor inmenso y santo,
de mi postrera alegría
apagó el último rayo.

Por eso cada palabra
es una queja en mis labios;
por eso mis pensamientos
corren, en olas de llanto,
hacia las playas ignotas
que al dolor brindan descanso.
Sin duda, para el dichoso
será mi lenguaje extraño;
pero tú también del mundo
recogiste fruto amargo,
y del dolor el idioma
las desgracias te enseñaron.

Por eso el lóbrego abismo
de mi corazón te abro;
que con quien no ha de entenderme
penas y palabras guardo;
y adiós te digo, cual siempre
digo ¡adiós! a lo que amo;
que de tristes despedidas
mis desdichas se formaron.

¡Adiós! dije a mi esperanza,

a mis sueños, a mis lauros,
y adiós ¡el adiós supremo!
a mis muertos adorados.

Hojas caídas

A los primeros vientos del Otoño

las amarillas hojas se columpian
entre los huecos que dejó el follaje
al perder su verdor y su espesura.
Y van cayendo; ráfagas ligeras
del árbol las desprenden una a una,
o en recia sacudida
hienden el aire como espesa lluvia.

El suelo cubren cual crujiente alfombra;
las pisa planta ruda,
y parece que exhalan un gemido
al verse holladas en la tierra dura.
¡Ellas, antes mecidas por las auras,
besadas por el sol y por la luna
en la alta copa que adornó el espacio
como oscilante cúpula;
ellas, que, en juventud, al árbol dieron
su pompa y hermosura,
y abrigaron cual madres cariñosas,
la flor temprana, la naciente fruta;
ellas, que dieron sombra al caminante
y al ave blanda cuna,
y a los desiertos campos sus rumores,
y a los cálidos aires su frescura!

Mas llegó la vejez, llegó el invierno,
y pálidas y mustias,
como tristes despojos de la vida
las llevará del huracán la furia.
Ya giran en revuelto remolino,
se alejan o se juntan,
y al hallar un momento de reposo,
se despiden, quizás por la vez última.
No verán más sus árboles queridos:
ya el aire las empuja,
y revolando irán, lejos, muy lejos,
¡para no volver nunca!

¿Adonde, adonde irán? En varia suerte,

del viento esclavas, por distintas rutas,
y en rápido tropel luego esparcidas,
caminarán a su ignorada tumba.
Subirán unas a la enhiesta cumbre,
bajarán otras a la sima obscura;
a unas arrastrará raudo el torrente,
otras irán del mar en las espumas,
y en las aguas perdidas, o en el polvo,
no dejarán al fin huella ninguna.

¡Pobres hojas caídas,
os miro con piedad y con angustia;
vuestro fin lastimoso me presenta
del humano existir la copia justa!

También somos los seres
débiles hojas que el destino impulsa,
y arrastran las pasiones
por sendas varias, entre horribles luchas.

Al cerrar para siempre nuestros ojos
a la luz de ese sol que nos alumbra,
nuestro fin es igual, ¡oh pobres hojas!:
desaparecer... morir... no volver nunca.

Mi retrato

Ya que por mi biografía
sabes de cierto quien soy,
justo es que te mande hoy,
hecho a pluma, con la mía,

Mi retrato exacto y fiel,
pues no he de hacerme favor:
nada mejor ni peor
de lo que soy pondré en él.

Nunca pinté ni una mona,
y, por lo tanto, no sé
cómo me las compondré
para pintar mi persona.

Como no tengo belleza
que con raras perfecciones
se preste a comparaciones
de varia naturaleza,

Donde mi numen poético

algo pudiera lucir,
no sé cómo describir
mi físico nada estético.

Cantando a sus Dulcineas,
vates de triste figura
bien retratan su hermosura,
pues no aman nunca a las feas;

Y dicen a sus hermosas,
que son de todos metales;
que sus labios son corales,
sus ojos piedras preciosas,

Sus dientes de finas perlas,
y de cabellos de oro:
dueñas son de gran tesoro,
y es natural el quererlas.

Yo no me vi en ese espejo,
pues del Padre celestial
no obtuve tesoro tal,
sino huesos y pellejos;

Por lo cual no hay quien me cante;
y por darte mi retrato,
solita paso el mal rato
para salir adelante.

¿Por donde habré de empezar?
¿Mi estatura? no es enana;
soy delgada, y muestro ufana
cierta elegancia al andar.

El color de mi semblante
clarito aunque no de nieve,
y un sonrosadito leve;
la tez, fina como un guante.

Pequeñas son mis orejas,
y gozo en verlas tan monas;
que he visto a algunas personas
que las tienen como tejas.

De grande no tiene fama
mi boca, ni es muy pequeña,
y nunca fue pedigüeña;

y el que no llora, no mama.

 Mi nariz no es un hechizo;
 la hubiera querido griega,
 pero quizás no me pega,
 y Dios sabe lo que hizo.

 Mis ojos chiquitos son;
 mas de intensas miraditas,
 ven las cosas muy claritas
 donde no hay buena intención.

 No es ancha, en verdad, mi frente;
 mas debo decir, sin miedos,
 que tengo más de dos dedos,
 que no tiene mucha gente.

 Mi cabello obscuro y fino,
 en que cifré mi cuidado,
 buen desengaño me ha dado:
 ¡tiene canas el indino!

 Mi pie, pequeño, también
 me suele dar malos ratos,
 pues cuando busco zapatos
 no hay uno que le esté bien.

 ¿Mi talla? No es presunción
 si digo una cosa extraña:
 dos vueltas sólo a una caña
 le doy con mi cinturón.

 Mis brazos, no los prefiero,
 haciéndoles duros cargos;
 que es mal que siendo tan largos
 no alcancen adonde quiero.

 La mano me es más simpática,
 y acaso de ella presuma,
 pues maneje aguja o pluma,
 me parece aristocrática.

 Y yo, en fin, de mi exterior
 no sé qué más te diría.
 Tu dirás si en armonía
 está con el interior.

Hay quien pretende que sea
del alma espejo la cara:
la que yo tengo ¿declara
que yo tenga el alma fea?

Mas como en esta cuestión
no puedo ser juez y parte,
mi retrato al enviarte,
dejo a ti la solución.

Y en él, cuando yo esté en gloria,
quedará mi amistad fiel,
y me verás siempre en él,
pidiéndote una memoria.

A los poetas sevillanos
¡Hermanos!: ¡Paz y salud!

Alzo mi voz dolorida,
que es voz de la senectud,
y os saludo conmovida
con frases de gratitud.

Varones que a la ardua ciencia
disteis con firme tesón
vuestra noble inteligencia;
los de galana elocuencia;
los de rica inspiración:

Gracias en este momento
en que en mi pobre poesía
pusisteis el pensamiento
con afable sentimiento
de indulgente simpatía.

De vuestro aplauso sincero,
que llega a mi soledad,
recojo el don lisonjero,
como signo verdadero
de santa fraternidad.

De mi olvidada canción
los ecos al resurgir,
revive mi corazón;
porque esas canciones son
el ritmo de su latir.

Guardadlas en la memoria,
y ellas os dirán mi historia,
que, humilde, en poco se encierra;
en el amor a la gloria,
y en el amor a mi tierra;

En el culto al hogar santo
donde era luz y alegría
la madre a quien amé tanto;
en adorar la poesía
que daba al alma su encanto.

Cuanto hermoso y grande hallé
ensalcé con vivo ardor,
y a mi lira confié
mis esperanzas, mi amor,
mis entusiasmos, mi fe.

Soñaba en mi bella edad
con las célicas visiones
de gloria y felicidad:
¡qué dulces las ilusiones!
¡qué amarga la realidad!

Como el invierno deshoja
al árbol de su hermosura,
y con la lluvia le moja,
y con el viento le arroja
derribado en la llanura,

Así el mal me ha combatido,
y su implacable rigor,
que a la vejez me ha seguido,
ha destrozado y ha hundido
todo cuanto fue mi amor.

Vientos de muerte pasaron;
cayó de mi hogar el muro;
pobres mujeres lloraron
y bajo techo inseguro
sus desdichas albergaron.

Por el pan de cada día
la materia lucha y gime:
castigo a la rebeldía
del hombre, en su primer día,

y expiación que la redime.

Del hogar escudo fuerte
Dios hizo que el hombre fuera:
¡ay si por terrible suerte
se lo arrebatara la muerte
a su débil compañera!

Ya el árbol no se levanta;
las hojas al polvo van,
y es su desventura tanta,
que las pisa tosca planta
y las barre el huracán.

¿Qué mucho si fui abatida
yo, la más pequeña gota
que arrastra el mar de la vida,
átomo errante, hoja rota
por los vientos combatida,

Si los que gigantes fueron
y con su genio asombraron,
entre infortunios vivieron,
con la adversidad lucharon
y en la pobreza murieron?

Ellos a la humanidad
dieron su aliento fecundo,
que fue ciencia o santidad,
que fue un libro, que fue un mundo,
y hallan la inmortalidad.

No es tan alto mi destino:
no tengo el genio divino
que deja eternal memoria;
las zarzas de mi camino
no se convierten en gloria.

De mi vida en el ocaso,
ya la sombra se acrecienta.
¿Qué os dejaré de mi paso,
al romper el frágil vaso
en que el espíritu alienta?

Páginas descoloridas
que guardan marchitas flores,
y unas lágrimas vertidas,

por mi pluma recogidas
para escribir mis dolores.

Nada más, pues nada fuí.
¿Qué puedo al mundo dejar
que eterno perdure aquí?
Yo tan sólo supe amar...
¡Quién se acordará de mi!

Si al pasar mi último día
durmiese mi polvo humano
en la tierra extraña y fría
del cementerio aldeano,
lejos de la tierra mía;

Hermanos, ved lo que os pido:
no me dejéis siempre sola
en mi sepulcro escondido,
porque me espanta la ola
quieta y muda del olvido.

Me espanta que a mi alrededor,
entre sepulturas huecas,
brame el viento mugidor,
y cubran las hojas secas
mi tumba sin una flor.

Llegue también vuestra egida
a mi eterna soledad;
que una memoria sentida
es también, en la otra vida,
una Flor de Caridad.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo